

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

OPERACIONES MILITARES Á LOS EXTREMOS DE LOS EJÉRCITOS COMBINADOS ANGLO-HISPANO-PORTUGUESES.— RONDA.— MURCIA Y GRANADA.— PASA SEBASTIANI Á FRANCIA.— GALICIA Y ASTÚRIAS.— EVACUACION DE ASTÚRIAS.— ACCION DE COGORDEROS.— SÉPTIMO EJÉRCITO.— PORLIER Á SU FRENTE.— PARTIDAS DE ESTE DISTRITO.— SORPRESA DE UN CONVOY EN ARLABAN, POR MINA.— EJÉRCITO FRANCÉS DEL NORTE DE ESPAÑA.— CATALUÑA, ARAGON Y VALENCIA.— SITIO DE TORTOSA.— LA TOMAN LOS FRANCESES.— SENSACION QUE CAUSA EN CATALUÑA.— SENTENCIA CONTRA EL GOBERNADOR ALACHA.— TOMAN LOS FRANCESES EL CASTILLO DEL COLL DE BALAGUER.— PROVIDENCIAS DE SUCHET.— VUELVE Á ARAGON.— ALBOROTOS EN TARRAGONA.— EL MARQUÉS DE CAMPO-VERDE NOMBRADO GENERAL DE CATALUÑA.— ASUMA MACDONALD Á TARRAGONA.— SE RETIRA.— REENCUENTRO CON SARFIELD EN FIGUEROLA.— NUEVOS ALBOROTOS EN TARRAGONA.— NUEVO CONGRESO CATALAN.— DISUÉLVESE LUÉGO.— PROVIDENCIAS DE SUCHET EN ARAGON CONTRA LAS PARTIDAS.— FACULTADES NUEVAS Y MÁS ÁMPLIAS QUE NAPOLEON DA Á SUCHET.— VISTAS CON ESTE MOTIVO DE SUCHET Y MACDONALD.— PASA MACDONALD Á BARCELONA.— QUEMA DE MANRESA.— PROCLAMA DE CAMPO-VERDE.— MOVIMIENTOS DE ESTE GENERAL.— TENTATIVA MALOGRADA CONTRA BARCELONA.— SORPRESA Y TOMA DE FIGUERAS POR LOS ESPAÑOLES.— MARCHA Á FIGUERAS DEL BARON DE EROLES.— OCUPA Á OLOT Y Á CASTELFOLLIT.— ESTADO CRÍTICO DE LOS FRANCESES.— VA TAMBIEN CAMPO-VERDE Á FIGUERAX.— NO CONSIGUE SINO EN PARTE SOCORRER EL CASTILLO.— VACILACION DE SUCHET.— MEDIDAS DE PREEAUCION QUE TOMA EN ARAGON.— RESUÉLVESE Á SITIAR Á TARRAGONA.— PRINCIPIA EL CERCO.— LLEGA CAMPO-VERDE Á TARRAGONA.— ATACAN Y TOMAN LOS FRANCESES CON DIFICULTAD EL FUERTE DEL OLIVO.— SALE CAMPO-VERDE DE LA PLAZA: SE ENCARGA EL MANDO DE ELLA Á D. JUAN SENEN DE CONTRERAS.— ENCARNIZADA DEFENSA DE LOS ESPAÑOLES.— TROPAS QUE LLEGAN DE VALENCIA.— DIVERSION DE EROLES Y OTROS FUERA DE LA PLAZA.— TOMAN LOS FRANCESES EL ARRABAL.— QUEJAS CONTRA CAMPO-VERDE.— TENTATIVA INFRUCTUOSA DE ÉSTE PARA SOCORRER LA PLAZA.— TROPAS INGLÉSAS QUE SE PRESENTAN DELANTE DEL PUERTO.— NO DESEMBARCAN.— OTRAS OCURRENCIAS DESGRACIADAS.— BATEN LOS FRANCESES LA CIUDAD.— LA ASALTAN.— LA ENTRAN.— GLORIOSA RESISTENCIA DE LOS SITIADOS.— MUERTE DE D. JOSÉ GONZALEZ.— HORRIBLE MATANZA.— REFLEXIONES.— SUERTE DE CONTRERAS Y NOBLE RESPUESTA.— CEREMONIA RELIGIOSA Á QUE ASISTE

SUCHET.— RESUELVE CAMPO-VERDE EVACUAR EL PRINCIPADO.— DESERCION.— SUCHET PASA Á BARCELONA.— ACTOS SUYOS CRUELES.— TORNA SUCHET Á TARRAGONA.— DESISTE CAMPO-VERDE DE EVACUAR EL PRINCIPADO.— SE EMBARCAN LOS VALENCIANOS.— SUCEDE Á CAMPO-VERDE EN EL MANDO D. LUIS LACY.— LACY Y LA JUNTA DEL PRINCIPADO EN SOLSONA. SU BUEN ÁNIMO.— MARCHA ADMIRABLE DEL BRIGADIER GASCA.— SUCHET TRATA DE ATACAR LA MONTAÑA DE MONSERRAT.— ES ELEVADO Á MARISCAL DE FRANCIA.— EROLES EN MONSERRAT.— DESCRIPCION DE ESTE PUNTO.— LE ATACA Y TOMA SUCHET.— MACDONALD ESTRECHA Á FIGUERAS.— SE RINDE EL CASTILLO.— NO POR ESO CESA LA GUERRA EN CATALUÑA.— SUCHET PASA Á ARAGON, INQUIETO SIEMPRE ESTE REINO.— VALENCIA. CONVOCA BASSECOURT UN CONGRESO.— SE DISUELVE.— DON CÁRLOS O'DONNELL SUCEDE Á BASSECOURT.— OPERACIONES MILITARES DEL SEGUNDO EJÉRCITO, Ó SEA DE VALENCIA.— SUCEDE EL MARQUÉS DEL PALACIO Á O'DONNELL.— CASTILLA LA NUEVA.— JUNTAS Y GUERRILLEROS.— EL EMPECINADO.— VILLACAMPA.— ATAQUE CONTRA EL PUENTE DE AUÑÓN.— DIVERSOS MOVIMIENTOS Y SUCESOS.— OTROS GUERRILLEROS.— MALOS Y CRUELES TRATAMIENTOS.— MÁ S PARTIDARIOS.— RESULTAS IMPORTANTES DE ESTE GÉNERO DE GUERRA.— SITUACION DE JOSÉ.— DESEÑAÑO QUE RECIBE.— ESTADO DE SU EJÉRCITO Y HACIENDA.— DIVERSIONES QUE JOSÉ PROMUEVE.— ILUSIONES DE JOSÉ.— DESAZONABA SU LENGUAJE Á NAPOLEON.— DISGUSTO DE JOSÉ.— SU VIAJE Á PARÍS.— NACIMIENTO DEL REY DE ROMA.— VUELVE JOSÉ Á MADRID.— ÉSCASEZ DE GRANOS.— PROVIDENCIAS VIOLENTAS DEL GOBIERNO DE JOSÉ.— TRATA JOSÉ DE COMONERSE CON EL GOBIERNO DE CÁDIZ.— EMISARIOS QUE ENVIA.— INUTILIDAD DE LOS PASOS QUE ÉSTOS DAN.

A los opuestos y distantes extremos de los puntos en donde se ejecutaban las grandes y principales maniobras del ejército anglo-portugues y anglo-español, descubriáanse por un lado las montañas de Ronda y el tercer ejército, acantonado en la raya de Granada y Murcia, y por el otro Galicia y Astúrias con el ahora llamado sexto ejército. En ambas partes pudiera haberse molestado mucho al enemigo, si se hubiese sacado ventaja de los medios que proporcionaba el país, señaladamente Galicia, y de la favorable oportunidad que ofrecia el agolparse de las huestes francesas hácia la raya de Portugal. Pero, por desgracia, ciñéronse sólo los esfuerzos á divertir la atencion del enemigo, y á ponerle en la necesidad de emplear tropas que bastasen á observar y contener á las nuestras.

La serranía de Ronda, foco importante de insurreccion, dividía, por decirlo así, el cuerpo frances sitiador de Cádiz, del de Sebastiani, alojado en Granada. Gobernaba aquellas montañas, como ántes, el general

Valdenebro, presidente de la junta del partido; mas por lo comun guiaban de cerca á los serranos caudillos naturales del país. Bejines de los Rios, con la primera division del cuarto ejército, apoyaba los movimientos de los habitantes y contribuía á mantener el fuego. Peleábase sin cesar, y ni las fuerzas que los franceses conservaban siempre en la misma sierra, ni las columnas que á veces destacaban de Sevilla, Granada ó sitio de Cádiz eran suficientes para reprimir la insurreccion. El paisanaje dispersábase cuando le atacaban numerosas fuerzas, y reconcentrábase cuando éstas se disminuian, apellidando guerra por valles y hondonadas con instrumentos pastoriles, ó usando de otras señales, como de fogatas y cohetes. Inventaron los rondeños mil ardidés para hostigar á sus contrarios, y en Gaucin subieron cañones hasta en los riscos más escarpados. Las mujeres continuaron mostrándose no ménos atrevidas que los hombres, y en vano tentó el enemigo domar tal gente y tales breñas: desde principios de este año de 1811 hasta Agosto anduvo la lid empeñada, y entónces animóla, como veremos más adelante, la venida del general Ballesteros.

No son muy de referir los acontecimientos que ocurrieron por el mismo tiempo en el tercer ejército, que ántes componia parte del que llamaron del centro. Sucedió á Blake, cuando pasó á ser regente, el general Freire, quien, en Diciembre de 1810, tenia asentados sus reales en Lorca, y puesta su vanguardia en Albox, Huéscar y otros pueblos de los contornos. Franceses y españoles registraban á menudo el campo, y en Febrero de 1811 quisieron los primeros internarse en Murcia, como para hacer juego con los movimientos de Soult en Extremadura. Extendiéronse hasta Lorca, ciudad que evacuó Freire, no llevando más allá Sebastiani sus incursiones, acometido de una consuncion peligrosa.

Retirados los franceses, tornaron los nuestros á sus anteriores puestos, y renovaron sus correrías y maniobras. Fué de las más notables la que practicaron el 21 de Marzo. Don José O'Donnell, jefe de estado mayor, dirigióse con una division volante sobre Huércal Overa, y destacó á Lubrin al Conde del Montijo, asistido de ocho compañías. Los enemigos allí alojados resistieron al Conde; mas retirándose á poco, camino de Úbeda, viéronse perseguidos y experimentaron una pérdida de 180 hombres con algunos prisioneros.

Menguado cada dia más el cuerpo frances, tuvo el general Sebastiani que ordenar la reconcentracien de sus fuerzas cerca de Baza, aproximándolas por último á Guadix el 7 de Mayo. De resultas avanzó Freire, y colocó su vanguardia en la venta del Baul, destacando por su derecha,

camino de Úbeda y Baeza, á D. Ambrosio de la Cuadra, con una division y las guerrillas de la comarca.

Este movimiento, hecho con direccion á parajes por donde pudieran cortarse las comunicaciones de las Andalucías, alteró á los franceses, que acudieron aceleradamente de Jaen, Andújar y otras guarniciones inmediatas para contener á Cuadra y atacarle. Trabóse el primer reencontro el 15 de Mayo en la misma ciudad de Úbeda. Tres veces acometieron los enemigos, y tres veces fueron rechazados, obligándolos á huir la caballería española, que trató de cogerlos por la espalda. Los franceses perdieron mucha gente, sirviéndoles de poco un regimiento de juramentados, que á los primeros tiros se dispersó. Afligió sobremanera á los nuestras la muerte del comandante del regimiento de Búrgos, don Francisco Gomez de Barreda, oficial distinguido y de mucho esfuerzo.

Tambien el 24 intentaron los enemigos desalojar á los españoles de la venta del Baul, mandados éstos por D. José Antonio Sanz. Cargó intrépidamente el frances; mas no pudo conseguir su objeto, impidiéndoselo un barranco que habia de por medio y el acertado fuego de nuestra artillería, que manejaba D. Vicente Chamizo. Se limitó, de consiguiénte, la refriega á un vivo cañoneo, que terminó por retirarse los franceses á Guadix y á la cuesta de Diezma.

A poco pensó igualmente Freire en distraer por su izquierda al enemigo, y á este propósito envió la vuelta de las Alpujarras, con dos regimientos, al Conde del Montijo. En tan fragosos montes causó éste algun desasosiego á la guarnicion de Granada, y aproximándose á la ciudad, llegó hasta el sitio conocido bajo el nombre del *Suspiro del Moro*.

Estrechado Sebastiani, hubo ocasion en que pensó abandonar á Granada, cuyas avenidas fortificó, no ménos que el célebre palacio morisco de la Alhambra. Alivióle en situacion tan penosa la llegada de Drouet á las Andalucías, habiendo entónces sido reforzado el cuarto cuerpo; so-corro con el que pudo éste respirar más desahogadamente.

Pero Sebastiani, al finar Junio, pasó á Francia, ya por lo quebrantado de su salud, ó ya más bien por las quejas del mariscal Soult, ansioso de regir sin obstáculo ni embarazo las Andalucías. El primero, durante su mando, no dejó de esmerarse en conservar las antigüedades arábigas de Granada, y en hermohear algo la ciudad; mas no compensaron, ni con mucho, tales bienes los otros daños que causó, las derramas exorbitantes que impuso, los actos crueles que cometió. Tuvo Sebastiani por sucesor al general Laval.

En Galicia y Astúrias, el otro punto extremo de los dos en que aho-

ra nos ocupamos, no anduvo en un principio la guerra mejor concertada que en Granada y Murcia. Don Nicolas Mahy conservó el mando hasta entrado el año de 1811, y ocupóse, más que en la organizacion de su ejército, en disputas y reyertas provinciales. El bondadoso y recto natural de aquel jefe lo inclinaba á la suavidad y justicia; pero desviábanle á veces malos consejos ú particulares afectos puestos en quien no lo merecía.

El ejército gallego permanecía casi siempre sobre el Vierzo y otros puntos del reino de Leon, y fué de alguna importancia la sorpresa que en 22 de Enero hizo D. Ramon Romay acometiendo á la Bañeza, en donde cogió á los enemigos varios prisioneros, efectos y caudales. De este modo prosiguió por aquí la guerra durante los primeros meses del año.

En Astúrias mandaba D. Francisco Javier Losada; pero subordinado siempre á Mahy, general en jefe de las fuerzas del principado, como lo era de las de Galicia. Tan pronto en aquella provincia se adelantaban los nuestros, tan pronto se retiraban, ocupando las orillas del Nalon, del Narcea ó del Navia, segun los movimientos del enemigo. Los choques eran diarios, ya con el ejército, ya con partidas que revoloteaban por los diversos puntos del principado. El más notable acaeció el 19 de Marzo de este año de 1811 en el Puelo, distante una legua de Cángas de Tineo, yendo camino de Oviedo, lugar situado en la cima de unos Montes, cuyas faldas por ambos lados lamen dos diferentes ríos. Losada se colocó en lo alto, que forma como una especie de curia, y aguardó á los contrarios, que le atacaron á las órdenes del general Balleteaux. Nuestra fuerza consistia en unos 5.000 hombres, inferior la de los franceses. Estaban con el general Losada don Pedro de la Bárcena y D. Juan Diaz Porlier, sirviendo éste de reserva con la caballería, y aquél con los asturianos de vanguardia. Tiroteóse algun tiempo, hasta que, herido Bárcena en el talon, entró en los nuestros un terror pánico, que causó completa dispersion. Losada y el mismo Bárcena, aunque desfallecido, hicieron inútiles esfuerzos para contener al soldado, y sólo salvó á los fugitivos y á los generales la serenidad de Porlier y sus jinetes, que hicieron frente y reprimieron á los enemigos.

Tal contratiempo probaba más y más la necesidad en que se estaba de refundir todas aquellas fuerzas y darles otra organizacion, introduciendo la disciplina, que andaba muy decaida. En la primavera de este año empezóse á poner en obra tan urgente providencia. El mando del sexto ejército se habia confiado á Castaños, al mismo tiempo que conservaba el del quinto; acumulacion de cargos más aparente que verdadera,

y que sólo tenía por objeto la unidad en los planes caso de una campaña general y combinada con los anglo-portugueses. Y así, quien en realidad gobernó, aunque con el título de segundo de Castaños, fué D. José María de Santocildes, sucesor de Mahy, teniendo por jefe de estado mayor á D. Juan Moscoso. Ambas elecciones parecieron con razon muy acertadas: Santocildes habiase acreditado en el sitio de Astorga, logrando despues escaparse de manos de los enemigos, y á Moscoso ya le hemos visto brillar entre los oficiales distinguidos del ejército de la izquierda. Se notaron luégo los buenos efectos de estos nombramientos. En el país agradaaron á punto que se esmeraron todos en favorecer los intentos de dichos jefes, y hubo quien ofreció donativos de consideracion.

Distribuyóse el ejército en nuevas divisiones y brigadas, y se mejoró su estado visiblemente, siguiéndose en el arreglo mejor orden y severa disciplina. La primera division, al mando del general Losada, quedó en Astúrias, la segunda, al de Taboada, se apostó en las gargantas de Galicia camino del Vierzo, y la tercera, bajo D. Francisco Cabrera, en la Puebla de Sanabria. Permaneció una reserva en Lugo, punto céntrico de las otras posiciones. En principios de Junio marchó á Castilla todo el ejército, excepto la division de Losada, que se enderezó á Oviedo. Esta maniobra, ejecutada á tiempo que el mariscal Marmont había partido para Extremadura, produjo excelentes resultas. Los enemigos por un lado evacuaron el principado de Astúrias, saliendo de su capital el 14 de Junio, en donde se restablecieron inmediatamente las autoridades legítimas. Por el otro destruyeron el 19 las fortificaciones de Astorga, y se retiraron á Benavente, entrando el 22 en aquella ciudad el general Santocildes, en medio de los mayores aplausos, como teatro que había sido de sus primeras glorias.

Colocóse el ejército español á la derecha del Orbigo, en donde se le juntó una de las brigadas de la division que se alojaba en Astúrias. Bonnet, despues que abandonó esta provincia, quedóse en Leon, vigilándole en sus movimientos los españoles. Limitáronse al principio unas y otras tropas á tiroteos, hasta que en la mañana del 23 el general Valletaux, partiendo del Órbigo atacó á la una del día á D. Francisco Taboada, situado hácia Cogorderos en unas lomas á la derecha del rio Tuerto. Sostúvose el general español no ménos que cuatro horas, en cuyo tiempo acudiendo en su socorro la brigada asturiana á las órdenes de D. Federico Castañon, tomó éste á los enemigos por el flanco y los deshizo completamente. Pereció el general Valletaux y considerable gente suya; cogimos bastantes prisioneros entre ellos 11 oficiales y se vió lo mu-

cho que en poco tiempo se habia adelantado en la formacion y arreglo de las tropas.

Tampoco se descuidó el de las guerrillas del distrito, habiéndose facultado al coronel D. Pablo Mier para que compusiese con ellas una legion llamada de Castilla. Muchas se unieron, y otras por lo ménos obraron de acuerdo y más concertadamente.

Al entrar Julio hizo Santocildes un reconocimiento general sobre el Orbigo; y rechazando al enemigo, mostraron cada vez más los soldados del sexto ejército su progreso en el uso de las armas y en las evoluciones. Así se fué reuniendo una fuerza que con la de Astúrias rayaba en 16.000 hombres, llevando visos de aumentarse si los mismos caudillos proseguian á la cabeza.

Ibase á dar la mano con este ejército el séptimo, que comenzaba á formarse en la Liébana, habiendo sentado en Pótes su cuartel general D. Juan Diaz Porlier, segundo en el mando. Estaba elegido primer jefe D. Gabriel de Mendizábal, quien retardó su viaje con lo acaecido en el Gévora el 19 de Febrero: desventura que le obligó, para rehabilitarse en el concepto público, á pelear en la Albuera voluntariamente como soldado raso en los puestos más arriesgados. Porlier, en consecuencia, se halló solo al frente del nuevo ejército, cuyo núcleo le componían el cuerpo franco de dicho caudillo y las fuerzas de Cantabria, engrosadas con quintos y partidas que sucesivamente se agregaban. Renovales fué enviado hácia Bilbao para animar á las partidas y enregimentar batallones sueltos: tocó hasta en la Rioja, y contribuyó á sembrar zozobra é inquietud entre los enemigos.

Quisieron éstos apoderarse del principal depósito del séptimo ejército, y acometieron á Pótes en fines de Mayo. Los nuestros habian, por fortuna, puesto al abrigo de una sorpresa sus acopios, y con eso desvanecieron las esperanzas del general Roguet, que, asistido de 2.000 hombres, entró en aquella villa, teniéndola en breve que desamparar, á causa de la vuelta repentina de D. Juan Diaz Porlier, que habia reunido toda su tropa, ántes segregada.

Los invasores, por tanto, no disfrutaban aquí de mayor respiro que en las demas partes; causándoles el séptimo naciente ejército y las guerrillas que en el distrito lidiaban irreparables daños. Comprendíanse en éste las de Campillo, Longa, el Pastor, Tapia, Merino y la del mismo Mina, aunque con especial permiso el último de obrar con independencia. Comprendíanse tambien las otras de ménos nombre que corrian las montañas de Santander, ambas márgenes del Ebro hasta los confines de

Navarra, y carretera real de Búrgos. No entraba en cuenta la de D. José Durán, si bien en Soria; pues por su proximidad á Aragon se agregó, con la de Amor, como las demas de aquel reino, al segundo ejército, ó sea de Valencia. No pudiendo el frances exterminar contrarios tan porfiados y molestos, trató de espantarlos haciendo la guerra, al comenzar este año de 1811, con mayor ferocidad que ántes, y ahorcando y fusilando á cuantos partidarios cogía.

Y éstos, no hallando ya para ellos puerto alguno de salvacion, en vez de ceder, redoblaron sus esfuerzos, anegando, por decirlo así, con su gente todos los caminos. Los mariscales, generales, y casi todos los pasajeros, siendo enemigos, veíanse á cada paso asaltados con gran menoscabo de sus intereses y riesgo de sus personas. Entre los casos de esta clase más señalados entónces (todos no es posible relatarlos), sobresale el de Arlaban; que así llaman á un puerto situado entre los lindes de Álava y Guipúzcoa, por donde corre la calzada que va á Irun.

Don Francisco Espoz y Mina, sabedor de que el mariscal Massena caminaba á Francia juntamente con un convoy, ideó sorprenderle; y marchando á las calladas y de noche por desfiladeros y sendas extraviadas, remaneció el 25 de Mayo sobre el mencionado puerto. Casualmente Massena, á gran dicha suya, retardó salir de Vitoria; mas no el convoy, que prosiguió sin detencion su ruta. Las seis de la mañana serian cuando Mina, emboscado con su gente, se puso en cuidadoso acecho. Consta ba el convoy de 150 coches y carros, y le escoltaban 1.200 infantes y caballos, encargados tambien de la custodia de 1.042 prisioneros ingleses y españoles. Dejó Mina pasar la tropa que hacia de vanguardia, y atacando á los que venian detras, trabóse la refriega, y duró hasta las tres, hora en que cesó, cayendo en poder de los españoles personas y efectos. Más de 800 hombres perdieron los franceses, 40 oficiales, cogiendo el mismo Mina al coronel Laffite. Parte del caudal y las joyas se reservaron para la caja militar; lo demas lo repartieron los vencedores entre sí. Se permitió á las mujeres continuar su camino á Francia; y trató bien Mina á los prisioneros, á pesar de recientes crueldades ejercidas contra los suyos por el enemigo. Se calculó el botin en unos cuatro millones de reales. ¡Poderoso incentivo para acrecentar las partidas!

Conociendo Napoleon cuánto retardaba tal linaje de pelea la sumision de España, había ya pensado desde principios de 1811 en dar nuevo impulso á la persecucion de los guerrilleros, poniendo en una sola mano la direccion suprema de muchos de los gobiernos en que habia dividido la costa cantábrica, y las orillas del Ebro y Duero. Así por decre-

to de 15 de Enero formó el ejército llamado del Norte, de que ya hemos hecho mencion, y cuyo mando encornendó al mariscal Bessières, duque de Istria. Extendíase á la Navarra, las tres provincias Vascongadas, parte de las de Castilla la Vieja, Astúrias y reino de Leon, y llegó á constar dicho ejército de más de 70.000 hombres. Nada, sin embargo, consiguió el emperador frances, pues Bessières no dispó en manera alguna el cáos que producía guerra tan aturbonada, y para los enemigos tan afanosa; volviéndose á Francia en Julio, con deseo de lidiar en campos de más gloria, ya que no de ménos peligros. Tuvo por sucesor en el mando al conde Dorsenne.

Muy atras nos queda Cataluña, y con ella Aragon y Valencia; provincias cuyos acontecimientos caminaban hasta cierto punto unidos, y á las que hacían guerra los cuerpos de Suchet y Macdonald, obrando de concierto para sujetarlas. Cuando en esta parte suspendimos nuestra narracion, formalizaba Suchet el sitio de Tortosa, y se cautelaba para que no le inquietasen las tropas y guerrillas de las provincias aledañas, ayudándole Macdonald, colocado en paraje propio á reprimir los movimientos hostiles del ejército de Cataluña, que á la sazón regia D. Miguel Iranzo. Reduplicó Suchet sus conatos al fenecer del año de 1810; y el bloqueo de aquella plaza, comenzado en Julio, y todavía no completado, convirtióse el 15 de Diciembre en perfecto acordonamiento.

Asiéntase Tortosa, á la izquierda del Ebro, en el recuesto de un elevado monte, á cuatro leguas del Mediterráneo. Su poblacion de 11 á 12.000 habitantes. Las fortificaciones irregulares, de órden inferior, construidas en diversos tiempos, siguen en el torno que toman los altos y caidas por la desigualdad del terreno. Al Sudeste é izquierda siempre del rio, se levantan los baluartes de San Pedro y San Juan, con una cortina no terraplenada, que cubre la media luna del Temple. El recinto se eleva despues en paraje roqueño, amparado de otros tres baluartes, por donde embistió la plaza el Duque de Orleans en la guerra de sucesion, y desde cuyo tiempo, considerado este punto como el más débil, se le enrobusteció con un fuerte avanzado, que todavía llevaba el nombre de aquel príncipe. Pasados dichos tres baluartes, precipítase la muralla antigua por una barranquera abajo, aproximándose en seguida al castillo, situado en un peñasco escarpado y unido con el Ebro por medio de un frente sencillo. Otro recinto, que parte del último de los tres indicados baluartes, se extiende por defuera, y abrazando dentro de sí al castillo, júntase luégo cerca del rio con el muro más interno. Defienden los aproches de todo este frente tres obras exteriores; llaman á la más leja-

na las Tenazas, sita en un alto enseñoreador de la campiña. Comunica la ciudad con la derecha del Ebro, aquí muy profundo, por un puente de barcas, cubierto á su cabeza con buena y acomodada fortificacion. Entre el rio y una cordillera, que se divisa á Poniente, dilátase vasta y deliciosa vega, poblada ántes del sitio de muchas caserías y arbolada de olivares, moreras y algarrobos, que regaban más de 600 norias. Parte de tanta frondosidad y riqueza talóse y se perdió para despejar los alrededores de la plaza en favor de su mejor defensa. Se hallan por el mismo lado el arrabal de Jesus y las Roquetas. Desde mediados de Julio gobernaba á Tortosa el Conde de Alacha, que se señaló el año de 1808 en la retirada de Tudela. Era su segundo D. Isidoro de Uriarte, coronel de Soria. Constaba la guarnicion de 7.179 hombres, y el vecindario, en su conducta, no desmereció al principio de la que mostraron otras ciudades de España en sus respectivos sitios.

Para cercar del todo la ántes semibloqueada plaza, habia Suchet ordenado el 14 de Diciembre que el general Abbé quedase en las Roquetas, derecha del rio; y que Habert, que ántes mandaba en este paraje, pasase á la izquierda y ocupase las alturas inmediatas á la plaza, arrojando de allí á los españoles, lo cual acaeció el 15, despues de haber los nuestros defendido la posicion con tenacidad. Los enemigos echaron puentes volantes rio arriba y rio abajo de Tortosa, con objeto de facilitar la comunicacion de ambas orillas.

Resolvieron tambien los mismos verificar su principal ataque por el baluarte, ó más bien semibaluarte de San Pedro, teniendo para ello primero que apoderarse de las eminencias situadas delante del fuerte de Orleans, las cuales enfilaban el terreno bajo. En su cima habia Uriarte empezado á trazar un reducto, obra que Alacha, mal aconsejado, decidió no se llevase á cumplido efecto. Los franceses, por tanto, se enseñorearon fácilmente de aquellas cumbres, y abrieron el 19 la trinchera contra el fuerte de Orleans, ataque auxiliador del ya indicado como principal.

Dieron tambien comienzo á este último en la noche del 20, y para no ser sentidos, favorecióles el tiempo ventoso y de borrasca. Rompieron la trinchera partiendo del río, y prolongáronla hasta el pié de las alturas fronteras al fuerte de Orleans, distando sólo de la plaza la primera paralela 85 toesas. El general Rogniat dirigia los trabajos de los ingenieros enemigos; mandaba su artillería el general Valée.

A la propia sazón reforzó á Suchet una division del ejército frances de Cataluña á las órdenes del general Frere, en la que se incluía la brigada napolitana del mando de Palombini. Envió Macdonald este socorro

el 18 en ocasion que, escaso de víveres y temeroso de alejarse demasiado, volvía atras de una correría que habia emprendido hasta Perelló. Colocó Suchet la division recien llegada en el camino de Amposta.

Iba éste adelante en los trabajos del asedio, y ponía su conato en el ataque del baluarte de San Pedro, que era, segun hemos dicho, el más principal, sin descuidar el de su derecha, aunque falso, contra el frente de Orleans, como tampoco otro de la misma naturaleza que empezó á su izquierda, á la otra parte del rio, destinado á encerrar á los sitiados en sus obras.

En los dias 23 y 24 hicieron los últimos algunas salidas; mas el 25 terminó el enemigo la segunda paralela, lejana sólo por el lado siniestro 33 toesas del baluarte de San Pedro, distando por el otro del recinto unas 50, recogida allí en curva á causa de los fuegos dominantes del fuerte de Orleans. Hicieron, de resultas, los españoles la noche del 25 al 26 dos salidas, una á las once y otra á la una. En vela los enemigos, rechazaron á los nuestros, si bien despues de haber recibido algun daño.

No abatidos por eso los cercados, repitieron nueva tentativa en la noche del 26 al 27, en la que igualmente fueron repelidos, situándose entonces los franceses en la plaza de armas del camino cubierto, enfrente del baluarte de San Pedro. Semejantes reencuentros y los fuegos de la plaza retardaban algo los trabajos del sitiador, y lo mataban mucha gente con no pocos oficiales distinguidos.

Firmes todavía los españoles, efectuaron nueva salida en la tarde del 28, de mayor importancia que las anteriores. Para ello desembocaron unos por la puerta del Rastro, para atacar la derecha de los enemigos, y otros se encaminaron rectamente al centro de la trinchera, protegiendo el movimiento los fuegos de la plaza y los del fuerte de Orleans; acometieron con intrepidez, desalojaron á los franceses de la plaza de armas, que habian ocupado, y los acorralaron contra la segunda paralela. Parte de las obras fueron arruinadas, y por ambos lados se derramó mucha sangre. Al cabo se retiraron los nuestros, acudiendo gran golpe de contrarios, pero conservaron hasta la noche inmediata la plaza de armas, recobrada á la salida.

Puede decirse que éste fué el último y más señalado esfuerzo que hicieron los cercados. En lo sucesivo se procedió flojamente. Alacha, herido ya desde ántes en un muslo y aquejado de la gota, mostró gran flaqueza; y aunque es cierto que habia entregado el mando á su segundo, hábale sólo entre gado á medias, con lo que se empeoró más bien que favoreció la defensa, desmandando á veces uno lo que otro ordenaba,

é inutilizándose así cualesquiera disposiciones. La poblacion, con tal ejemplo, amilanóse tambien y no coadyuvó poco al caimiento de ánimo de algunos soldados y á la confusion: manejos secretos del enemigo tuvieron en ello parte, como asimismo personas de condicion dudosa que rodeaban al abatido Alacha.

Construidas entre tanto y acabadas las baterías enemigas, rompieron el fuego al amanecer del 29. Diez en número, tres de ellas dirigieron sus tiros contra el fuerte de Orleans y las obras de la plaza colocadas detras, cuatro contra la ciudad y baluarte de San Pedro, las tres restantes, á la derecha del rio, apoyaban este ataque, y batían ademas el puente y toda la ribera.

En breve los fuegos del baluarte de San Pedro, los de la media luna del Temple, y los de casi todo aquel frente fueron acallados, y se abrió brecha en la cortina. Ya anteriormente se hallaban las obras en mal estado, y sólo el estremecimiento de la propia artillería hundía ó resquebrajaba los parapetos. La caída de las bombas produjo en el vecindario con turbacion grande, aumentada por el descuido que habia habido en tomar medidas de precaucion. En balde se esforzaron varios oficiales en reparar parte del estrago, y en ofrecer al sitiador nuevos obstáculos.

Quedaron el 31 apagados del todo los fuegos del frente atacado, ocuparon los franceses, á la derecha del rio, la cabeza del puente, abandonada por los españoles, añadieron nuevas baterías, y haciéndose cada vez más practicable la brecha de la cortina, junto al flanco del baluarte de San Pedro, acercábase al parecer el momento del asalto.

Mal dispuestos se hallaban en la plaza para rechazarle, los vecinos consternados, el soldado casi sin guía: Alacha, metido en el castillo, no resolvía cosa alguna, mas lo empantanaba todo. Uriarte, viéndose falto de animo en el mayor apuro, y hombre de no grande expediente, juntó á los jefes para que decidiesen en tan estrecho caso. Los más opinaron por pedir una tregua de veinte dias, y por entregarse al cabo de ellos, si en el intervalo no se recibía auxilio. Disimulado modo de votar en favor de la rendicion, pues claro era que no convendría el frances en cláusula tan extraña. Otros, si bien los ménos, querian que se defendiese la brecha.

Prevalció, como era natural, y no más honroso, el parecer de la mayoría, al que daba gran peso el desaliento de los vecinos, de tanto influjo en esta clase de guerra. Por consiguiente el 1.º de Enero enarbó el castillo, constante albergue de Alacha, bandera blanca, y advirtió éste á Uriarte que enviaba al coronel de ingenieros Veyan al campo enemigo á proponer la tregua que se deseaba. Salió, en efecto, el último con el en-

cargo, y recibió de Suchet la consiguiente repulsa. Sin embargo, el general frances envió al mismo tiempo dentro de la plaza al oficial superior Saint-Cyr Nueques, facultado para estipular una capitulacion más apropiada á sus miras.

Abocóse primero el parlamento con Uriarte, quien insistió en la anterior propuesta. Lo mismo hizo luégo Alacha, añadiendo las siguientes palabras: «El deseo de que no se vertiese más sangre del vecindario me habia inclinado á la tregua; no concedida ésta, nos defenderémos.» Pero replicándole el frances «que conocia el estado de la plaza, y que la resistencia no sería larga», cambió Alacha inmediatamente de parecer, y propuso venir á partido con tal que se diese por libre á la guarnicion.

Veleidad incomprendible y digna del mayor vituperio. Rehusó Saint-Cyr entrar en ningun acomodamiento de aquella clase, cierto de que en breve pisaría el ejército frances el suelo de Tortosa. Varios esforzados jefes allí presentes quedaron yertos y atónitos al ver la mudanza repentina del Gobernador; y se sospecha que desde entónces allegados de éste pactaron la entrega de la plaza en secreto, medrosos del soldado, que se mostraba asombradizo y ceñudo.

Los franceses, sin omitir las malas artes, continuaron con ahínco en sus trabajos para asegurar de todos modos su triunfo, y establecieron en la noche del 1.º al 2 de Enero una nueva batería, distante sólo diez toesas de una de las caras del baluarte de San Pedro. En siete horas de tiempo abrieron con los nuevos fuegos dos brechas, sin contar la aporillada primeramente en la cortina; y por último, todo se apercebía para dar el asalto.

Uriarte en aquel aprieto, y no tomadas de antemano medidas que bastasen á repeler al enemigo, quiso que la ciudad capitulase, y que guardasen los españoles los principales fuertes. Propuesta que pareceria singular si no la explicase hasta cierto punto el deseo que por una parte tenian los soldados de defenderse, y el descaecimiento que por la otra se habia apoderado de los más de los vecinos.

No era tampoco menor el de Alacha, que sordo ya á toda advertencia, participó á Uriarte su final resolucion de capitular así por los fuertes como por la plaza.

Aparecieron tremoladas en consecuencia tres banderas blancas, que despreció el enemigo, continuando en su fuego. Provenia tal conducta de no querer tratar el frances ántes de que se le entregase en prenda el fuerte llamado Bonete, temiendo algun inesperado arranque de la irritacion del soldado español.

A todo se avenia Alacha, y creciendo en él la zozobra, avisó al general enemigo que relajados los vínculos de la disciplina, le era imposible concluir estipulacion alguna si no lo socorria. ¡Oh mengua! Aguijado Suchet con la noticia, y cada vez más receloso de que se prolongase la defensa por algun súbito acontecimiento, resolvió poner cuanto ántes término al negocio. Y para ello, corriendo en persona á la ciudad, acompañado sólo de oficiales y generales del estado mayor, y de una compañía de granaderos, avanzó al castillo, y anunciando á los primeros puestos la conclusion de las hostilidades, se presentó al Gobernador. Paso que se pudiera creer temerario, si no hubiera asegurado su éxito anterior inteligencia. Trémulo Alacha, serenóse con la presencia del general enemigo, que miraba como á su libertador. Eterno baldon, que disculparon algunos con la edad y los ataques del Conde, condenando todos á varios de los que le rodeaban, en cuyos pechos parecia abrigarse bastarda alevosa.

Urgia, sin embargo, á los franceses ajustar la capitulacion. Los soldados españoles, áun los del castillo, intentaban defenderse, y necesitó emplear tono muy firme el general enemigo, y abreviar la llegada de sus tropas para huir de un contratiempo. Hizo en seguida tambien él mismo escribir aceleradamente un convenio, que se firmó, sirviendo de mesa una cureña. No apresuró ménos el que desfilase la guarnicion con los honores correspondientes, y entregase las armas, debiendo, conforme á lo estipulado, quedar prisionera de guerra. Ascendia todavía el número de soldados españoles á 3.974 hombres: los demas habian perecido durante el sitio; de los franceses sólo resultaron fuera de combate unos 500.

Embravecióse la opinion en Cataluña con la rendicion de Tortosa y con lo descaminado y flojo de su defensa. Un consejo de guerra condenó en Tarragona al Conde de Alacha á ser degollado, y el 24 de Enero, ausente el reo, se ejecutó la sentencia en estatua. A la vuelta á España, en 1814, del rey Fernando, se abrió otra vez la causa, dió el Conde sus descargos, y le absolvió el nuevo tribunal, no la fama.

En este ejemplo se nota cuanto daña al hombre público carecer de voluntad propia y firme. Alacha en la retirada de Tudela habia recogido gloriosos laureles, que ahora se marchitaron. Pero entónces escuchó la voz de oficiales expertos y honrados, y no tuvo en la actualidad igual dicha. Y si es cierto que los franceses en Tortosa dirigieron el sitio con vigor y maestría, y acertaron en atacar por el llano, lo que no habian hecho en Gerona, facilitóles para ello medios el descuido de Alacha, abando-

nando los trabajos emprendidos en las alturas inmediatas al fuerte de Orleans, y no pensando desde Julio, en que empezó su mando, en plantear otros, á cuyo progreso no obstaba el semibloqueo del enemigo.

No queriendo Suchet desaprovechar tan feliz coyuntura como lo ofrecía la toma de Tortosa, previno al general Habert, adelantado ya á Pirelló, que tantease conquistar el fuerte de San Felipe en el Coll de Balaguer, angostura entre un monte de la marina y una cordillera á la mano opuesta, pelada casi toda ella de plantas mayores, á la manera de tantas otras de España, pero odorífera con los muchos romerales y tomillares que llenan de fragancia el aire. Dicho castillo, construido en el siglo XVIII para ahuyentar á los foragidos que allí se guarecian, y á los piratas berberiscos que acechaban su presa ocultos en las inmediatas enseñadas, era importante para los franceses, interceptándoles y dominando aquella posicion el camino de Tarragona á Tortosa. Habert rodeó el 8 de Enero el fuerte de San Felipe, é intimó la rendicion. El Gobernador, capitán anciano, de nombre Serrá, en vez de mantenerse tieso, se limitó á pedir cuatro dias de término para dar una respuesta definitiva. Negósele tal demanda, y desde luégo comenzaron los franceses su ataque. Los españoles sin gran resistencia abandonaron los puestos exteriores. Volóse en breve dentro del fuerte un almacen de pólvora, y fluctuando con la desgracia el ánimo de la tropa, ya no muy seguro por lo de Tortosa, escalaron los franceses la muralla, huyendo parte de la guarnicion vía de Tarragona, y salvándose la otra en un reducto, donde capituló, y cayeron prisioneros el Gobernador, 13 oficiales y unos 100 soldados. ¡Tanto cun- de el miedo, tanto contagia!

Para asegurar Suchet aún más las ventajas conseguidas y el embocadero del Ebro, fortificó el puerto de la Rápita y tomó otras disposiciones. Encargó á Musnier que con su division vigilase las comarcas de Tortosa, Albarracin, Teruel, Morelia y Alcañiz; y dejó á Palombini y sus napolitanos en Mora y sobre el Ebro, en resguardo de la navegacion del rio, cuya izquierda ocupó el general Haber y su division, para favorecer los movimientos que el mariscal Macdonald trataba de hacer contra Tarragona. Reservó consigo Suchet lo restante de su fuerza, y partió á Zaragoza á entender en arreglos interiores, y atajar de nuevo las excursiones de los guerrilleros y cuerpos francos, que con la lejanía de las principales tropas francesas, andaban más sueltos.

En tanto acaecian en Tarragona, de resultas de la entrega de Tortosa, conmociones y desasosiego. Los catalanes ya no veían por todas partes sino traidores. Desconfiaban del general en jefe Iranzo y de los de-

mas, poniendo sólo su esperanza en el Marqués de Campoverde, quien gozaba de aura popular, ya por su buen porte como general de division, ya por los muchos amigos que tenía, y ya tambien por las fuerzas que habian ido de Granada, cuyo núcleo quedaba aún, y á las cuales pertenecía aquel caudillo. En la ciudad querian proclamarla por capitán general de la provincia, adhiriendo á ello los pueblos circunvecinos, que llevados de igual deseo, se agolparon un dia de los primeros de Enero al hostal de Serafina, inmediato á Tarragona.

Muchos pensaron que el Marqués no ignoraba el origen de los alborotos, y que no los desaprobaba en el fondo, aunque aparentando lo contrario, queria alejarse del principado. No sabemos si en secreto tomó parte, pero sí hubo allegados suyos y persocias respetables que sostuvieron y fomentaron la idea del pueblo por amistad á Campoverde, y por creer que su nombramiento era el único medio de libertar á Cataluña de la anarquía y del entero sometimiento al enemigo. Por fin, y al cabo de idas y venidas, de peticiones y altercados, juntos todos los generales, hizo Iranzo dejacion del mando, y no admitiéndole otros á quienes correspondia por antigüedad, recayó en Campoverde, el cual le aceptó interinamente bajo la condicion de que se atendrian todos á lo que en último caso dispusiese el Gobierno supremo de la nacion.

Tranquilizó los ánimos este nombramiento, y evitó que el ejército se desbandase, frustrándose tambien de este modo los intentos del mariscal Macdonald, que se habia acercado á Tarragona con esperanzas de enseñorearla, cimentadas en el acobardamiento que se habia apoderado de muchos, y en secretas correspondencias.

El 5 de Enero habia vuelto Macdonald á reunir al grueso de su ejército la division de Frere, cedida temporalmente á Suchet; y yendo por Reus, dió vista á los muros tarraconenses el 10 del mismo mes. La quietud, restablecida dentro, desconcertó los planes de los franceses, que no pudiendo detenerse largo tiempo en las cercanías por la escasez de víveres y el hostigamiento de los somatenes, determinaron pasar á Lérida con propósito de prepararse en debida forma al sitio de Tarragona.

No realizó Macdonald su marcha reposadamente. Don Pedro Sarsfield, situado con una division en Santa Coloma de Queralt, recibió órden de Campoverde para caer sobre Valls, y cerrar el paso á la vanguardia enemiga, al propio tiempo que las tropas de Tarragona debian picar y aún embestir la retaguardia. Abria la marcha de los franceses la division italiana al mando del general Eugeni (diversa de los napolitanos de Palombini), y encontróse el 15 entre Valls y Plá con Sarsfield. Los

españoles acometieron el pueblo de Figuerola, adonde se había dirigido el enemigo para atacar nuestra derecha, y le ocuparon, arrollando á los contrarios y acuchillándolos los regimientos de húsares de Granada y maestranza de Valencia, que á las órdenes de sus coroneles D. Ambrosio Foraster y don Eugenio María Yebra se señalaron en este día. El perseguimiento continuó hasta cerca de Valls; allí, reforzada la vanguardia enemiga, paráronse los nuestros, y se libertó la division italiana de un completo destrozo. Campoverde no tuvo por su parte tanta dicha como Sarsfield; pues si bien salió de Tarragona para incomodar la retaguardia francesa, tropezando con fuerzas superiores, no se empeñó en accion notable, y Macdonald, de noche y de prisa, atravesó los desfiladeros y se metió en Lérida. Costóle el choque de Figuerola, glorioso para Sarsfield, 800 hombres. Murió de sus heridas el general Eugeni.

Erale imposible al Marqués de Canipoverde tomar desde luégo parte más activa en la campaña. Tenia que acudir al remedio de los males dimanados de la reciente pérdida de Tortosa y del Coll de Balaguer, no ménos que á mejorar las defensas de Tarragona. Quizá requeria tambien su presencia en esta plaza la necesidad de afirmar su mando caedizo en tales circunstancias. El fermento popular, áun vivo, servíale de instrumento. Sustentaba la agitacion el saberse que habia la Regencia nombrado capitan general de Cataluña á D. Cárlos O'Donnell, hermano del D. Enrique, habiendo motin ó síntomas cada vez que se sonrugia la llegada. Campoverde no reprimia los bullicios bastantemente, escaseándole para ello la fortaleza, y siendo patrocinadores, segun fama, personas que lo eran adictas.

Encrespóse la furia popular estando á la vista de Tarragona el navío *América*, en la persuasion de que venía á bordo el sucesor, mas se abonzó aquélla cuando se supo lo contrario. Renováronse, sin embargo, los alborotos el 17 de Febrero, y á ruegos de la Junta, de los gremios y de otras personas se posesionó Campoverde del mando en propiedad en lugar de proseguir ejerciéndolo como interino.

Para distraer el enojo del pueblo, apaciguar á éste del todo, y ganar la opinion de la provincia entera, convocó Campoverde un congreso catalan, destinado principalmente á proporcionar medios bajo la aprobacion de la superioridad. En rigor no prohibía la ley tales reuniones extraordinarias, no habiendo todavía las Córtes adoptado para las juntas una nueva regla, conforme hicieron poca despues.

Se instaló aquel congreso el 2 de Marzo, y de él nacieron conflictos y disputas con la Junta de la provincia, teniendo Campoverde que inter-

venir y hasta que atropellar á várias personas, si bien al gusto del partido popular; modo impropio é ilícito de arraigar la autoridad suprema. El Congreso se disolvió á poco, y nombró una junta que quedó encargada, como lo habia estado la anterior, del gobierno económico del principado.

Nuevos sucesos militares, tristes unos, y otros momentáneamente favorables para los españoles, sobrevinieron luégo en esta misma provincia. Interesaba á Napoleon no perder nada de lo mucho que habian últimamente ganado allí sus tropas, y cifrando toda confianza en Suchet, principal adquiridor de tales ventajas, resolvió encomendar al cuidado de éste las empresas importantes que hacía aquella parte meditaba.

De vuelta Suchet á Zaragoza, y ántes de recibir nuevas instrucciones y facultades, trató de destruir las partidas que habian renacido en Aragon, alentadas con la ausencia de parte de aquellas tropas, y con el malogro que ya se susurraba de la expedicion de Massena en Portugal. Don Pedro Villacampa andaba en Diciembre en el término de Ojosnegros, famoso por su mina de hierro y por sus salinas, en el partido de Daroca, de cuya ciudad, saliendo al encuentro del español el coronel Kliski, púsole en la necesidad de alejarse. Pero en Enero el general de Valencia Bassecourt, queriendo divertir al enemigo, que se presumia intentaba el sitio de Tarragona, dispuso que Villacampa y D. Juan Martin, el Empecinado, dependientes ahora, por el nuevo arreglo de ejércitos, del segundo, ó sea de Valencia, hiciesen diversas maniobras uniéndosele ó moviéndose sobre Aragon. Barruntólo Suchet, y envió de Zaragoza, con una columna, al general Paris, y órden á Abbé para que partiese de Teruel, debiendo ambos salir de los lindes aragoneses y extenderse al pueblo de Checa, provincia de Guadalajara, en donde se creia estuviese Villacampa. En su ruta encontróse Paris el 30 de Enero con el Empecinado en la vega de Pradoredondo, y al dia inmediato, contramarchando Villacampa, que se habia ántes retirado, trabóse en Checa accion, cooperando á ella el Empecinado, que combatió ya la víspera con el enemigo; el choque fué violento, hasta que los jefes españoles, cediendo al número, acabaron por retirarse.

Andando más tardo el general Abbé, no se juntó con Paris hasta el 4 de Febrero, en cuyo dia, combinando uno y otro sus movimientos, se dirigieron el último contra Villacampa, el primero contra el Empecinado, separados ya nuestros caudillos. No pudo Paris sorprender en la noche del 7 al 8, como esperaba, á Villacampa, y sr limitó á destruir una armería establecida en Peralejos, replegándose el jefe español hácia la hoya del Infantado.

Fué Abbé hasta la provincia de Cuenca tras del Empecinado, que tiró á Sacedon, espantando el frances, al paso, en Moya, á la Junta de Aragon y al general Carvajal, su presidente, quien luégo pasó á Cádiz, sin que se hubiese granjeado, miéntras mandó en aquella provincia, las voluntades, ni adquirido militar renombre. Los generales Paris y Abbé, habiendo permanecido en Castilla algunos dias, y no conseguido en su correría más que alejar del confin de Aragon al Empecinado y á Villacampa, tornaron á los antiguos puestos.

Otros combates sostuvieron tambien en aquel tiempo las tropas de Suchet contra partidas de jefes ménos conocidos en ambas orillas del Ebro y otros puntos. El capitan español Benedicto sorprendió y destruyó en Azuara, cerca de Belchite, un grueso destacamento á las órdenes del oficial Milawski; y D. Francisco Espoz y Mina, apareciendo en los primeros días de Abril en las Cinco Villas, atacó en Castiliscar á los gendarmes y cogió 150 de ellos, llegando tarde, en su socorro, el general Klopicki.

En tanto, autorizó Napoleon á Suchet con las facultades que tenía pensado y más arriba indicamos. Fecha la resolucion en 10 de Marzo, encargábase por ella á dicho general el sitio de Tarragona, y se le daba el mando de la Cataluña meridional, agregándosele, ademas, la fuerza activa del cuerpo que regía Macdonald; desaire muy sensible para éste, revestido con la elevada dignidad de mariscal de Francia, que todavía no condecoraba á Suchet.

Inmediatamente, y para tratar de poner en ejecucion las órdenes del Emperador, se avistaron en Lérida ambos jefes. Quedábale, de consiguiente, sólo á Macdonald la incumbencia de conservar á Barcelona y la parte septentrional de Cataluña, así como la de apoderarse de las plazas y puntos fuertes de la Seo de Urgel, Berga, Monserrat y Cardona.

Retirado aquel mariscal á Lérida despues del reencuentro de Figuerola, habia disfrutado poco sosiego, no abatiendo á los intrépidos catalanes reveses ni desgracias. Obligábanle los somatenes á no dejar salir léjos de la plaza cuerpos sueltos, y Sarsfield, apostado en Cervera, le impedía excursiones más considerables.

De acuerdo ahora en sus vistas Suchet y Macdonald, pasaron sin dilacion á cumplir ambos la voluntad de su amo. Encargóse el primero de la nueva fuerza activa que se agregaba á su ejército, y constaba de unos 17.000 hombres, como tambien del mando de la parte que se desmembraba al general de Cataluña. Partió Macdonald de Lérida el 26 de Marzo camino de Barcelona, en cuya ciudad debia principalmente morar en

adelante para dirigir de cerca las operaciones y el gobierno del país que aún quedaba bajo su inmediata dirección. Mas para realizar el viaje de un modo resguardado, ya que no del todo seguro, facilitóle Suchet 9.000 infantes y 700 caballos á las órdenes del general Harispe, los cuales, á lo ménos en su mayor número, pertenecian ahora al cuerpo de Aragon, y tenian que reunírsele, desempeñado que hubieran la comision de escoltar á Macdonald.

Tomó este mariscal su rumbo via de Manresa, y acampó el 30 de Marzo con su gente en los alrededores de la ciudad. Seguia el rastro D. Pedro Sarsfield, con quien se juntó el Baron de Eroles en Casamasana, acompañado de parte de las tropas que se apostaban en las márgenes del Llobregat: ya unidos, marcharon ambos jefes en la noche del mismo 30, y llegaron al hostel de Calvet, á una legua de Manresa. La Junta de esta ciudad habia convocado á somaten, y los vecinos, acordándose de anteriores saqueos de los franceses, habian casi todos abandonado sus hogares. A la vista de ellos todavía estaban, cuando descubrieron las llamas que salian por todos los ángulos del pueblo.

Hábale puesto fuego el enemigo, incomodado por el somaten, ó más bien deseoso del pillaje, que disculpaba la ausencia de los vecinos. Macdonald, situado en las alturas de la Gulla á un cuarto de legua, presenció el desastre y dejó que ardiese la rica y tiritas fortunada Manresa sin poner remedio. Setecientas á ochocientas casas redujéronse á pavesas ó poco ménos, incluso el edificio de las Huérfanas, varios templos, dos fábricas de hilados de algodón, é infinitos talleres de galoneria, veleria y otros artefactos. Tampoco respetó el enemigo los hospitales, llevando el furor hasta arrancar de las camas á muchos enfermos y arrastrarlos al campamento. Sólo se salvaron algunos en virtud de las sentidas plegarias que hizo el médico D. José Soler al general Salme, comandante de una de las brigadas de Harispe, recordándole el convenio estipulado entre los generales Saint-Cyr y Reding; convenio muy humano, y por el que los enfermos y heridos de ambos ejércitos debian mutuamente ser respetados y remitidos, despues de la cura, á sus respectivos cuerpos. Los nuestros habian cumplido en todas ocasiones tan puntualmente con lo pactado, que el general Suchet no puede ménos de atestiguarlo en sus Memorias (1), diciendo: «Vimos en Valls muchos militares franceses é

(1) *D'après une convention conclue entre les généraux français et espagnols en Catalogne, les blessés et les malades étaient mis réciproquement sous la protection des autorités locales, et avient la faculté, après guérison, de rejoindre leurs corps respectifs. A Valls,*

italianos heridos, y nos convencimos de la fidelidad con que los españoles ejecutaban el convenio.»

Veáse, sin embargo, cómo eran remunerados. Los manresanos clamaron por venganza, y pidieron á Sarsfield y á Eroles que atacasen y destruyesen sin misericordia á los transgresores de toda ley, á hombres desprovistos de toda humanidad. Cerraron los nuestros contra la retaguardia enemiga, en donde iban los napolitanos bajo Palombini. Desordenados éstos, rehiciéronse, mas Eroles cargando de firme los arrolló y venció algun tanto los ultrajes de Manresa.

Distinguióse aquí el despues malaventurado D. José María Torrijos, entónces coronel y libre ya de las manos de los franceses, entre las que, segun dijimos, habia caldo prisionero meses atras.

Macdonald con tropiezos, y molestado siempre, prosiguió su ruta, padeciendo de nuevo bastante en un ataque que le dió en el Coll de David D. Manuel Fernandez Villamil, comandante de Monserrat. A duras penas metióse en Barcelona el mariscal frances con 600 heridos, y una pérdida en todo de más de 1.000 hombres. Harispe el 5 de Abril volvió á Lérida yendo por Villafranca y Montblanch, no dejándole tampoco de inquietar por aquel lado don José Manso, que de humilde estado, ilustrábase ahora por sus hechos militares.

No sólo á los manresanos, mas á toda Cataluña enfureció el proceder de los franceses en aquella marcha, y sobre todo la quema de una ciudad que en semejante ocasion no les habia ofendido en nada. Encruelecióse de resultas la guerra, tuvo crecimientos la saña. El Marqués de Campoverde expidió una circular en que decía: «La conducta de los soldados franceses se halla muy en contradiccion con el trato que han recibido y reciben de los nuestros..... y la del mariscal Macdonald no se ajusta en nada con las circunstancias de su carácter de mariscal, de duque, ni de general que ha hecho la guerra á naciones cultas, que conoce el derecho de gentes, los sentimientos de la humanidad. No ha limitado su atrocidad este general á reducir á cenizas una ciudad inerme y que ninguna resistencia le ha opuesto, sino que pasando de bárbaro á perjuro, no ha respetado el asilo de nuestros militares enfermos, transgrediendo la inviolabilidad del contrato formado desde el principio de la guerra.» Y despues concluia Campoverde: «Doy órden á las divisiones y partidas

où nous vimes plusieurs militaires français et italiens blessés, nous nous containquimes de la fidélité avec laquelle les espagnols exécutaient cette convention. (Mémoires du maréchal Suchet, tom. II, chap. II, pág. 29.)

de gente armada mandándoles que no den cuartel á ningun individuo, de cualquiera clase que sea, del ejército frances que aprehendan dentro ó á la inmediacion de un pueblo que haya sufrido el saqueo, el incendio ó asesinato de sus vecinos y adoptaré y estableceré por sistema en mi ejército el justo derecho de represalia en toda su extension.» Las obras siguieron á las palabras, y á veces con demasiado furor.

Ántes desde Tarragona habia dispuesto Campoverde realizar algunos movimientos. Tal fué el que en 3 de Marzo mandó ejecutar á D. Juan Courten con intento de recobrar el castillo del Coll de Balaguer, lo cual no se consiguió, aunque sí el rechazar al enemigo de Cambrils hasta la Ampolla, con pérdida de más de 400 hombres. De mayor consecuencia hubiera sido á tener buen éxito otra empresa que el mismo general dirigió en persona, y cuyo objeto era la toma de Barcelona ó á lo ménos la de Monjuich. Intentóse el 19 de Marzo, y con antelacion, por tanto, á la entrada de Macdonald en aquella plaza.

La comunicacion de nuestros generales con lo interior del recinto era frecuente, facilitándola la línea que casi siempre ocupaban los españoles en el Llobregat, y la imposibilidad en que el enemigo estaba de tener ni siquiera un puesto avanzado sin exponerle á incesante tiroteo y pelea.

Particular y larga correspondencia se siguió para apoderarse por sorpresa de Barcelona, y creyendo Campoverde que estaba ya sazonado el proyecto, se acercó á la plaza con lo principal de su fuerza, dividida entónces en tres divisiones, al mando de los jefes Courten, Eroles y Sarsfield. La vanguardia, en la noche del 19, llegó hasta el glácis de Monjuich, y hubo soldados que saltaron dentro del camino cubierto y bajaron al foso. Desgraciadamente el gobernador de Barcelona, Maurice Mathieu, vigilante y activo, había tenido soplo de lo que andaba, y en vela, impidió el logro de la empresa. Los franceses castigaron á varios habitantes como á cómplices, arcabuceando en el glácis de la plaza el 10 de Abril al comisario de guerra D. Miguel Alcina. En cuanto á Campoverde, tornó á Tarragona sin haber padecido pérdida, y ántes bien Eroles escarmentó á los que quisieron incomodarle, obligándolos á encerrarse dentro de la plaza.

Más feliz fué la tentativa de la misma clase ideada y llevada á cima contra el castillo de San Fernando de Figueras. Por aquella comarca, como en todo el Ampurdan y los lugares que le circundan, Fábregas, Llorera, Milans á veces, Clarós, otros varios, y sobre todo Rovira, traian siempre á mal traeral enemigo é inquietaban la frontera misma de Fran-

cia. En medio del estruendo de las armas, un capitán, llamado D. José Casas, mantuvo inteligencia por el conducto de un estudiante, Juan Floreta, con Juan Marqués, criado de Bouclier, guarda-almacen de víveres del mencionado castillo ó fortaleza, principal autor de aquella idea. Entraron otros en el proyecto, entre ellos y como primeros confidentes Pedro y Ginés Pou, cuñados de Marqués. Todos se avistaron y arreglaron en varios coloquios el modo de abrir á los nuestros á favor de llave falsa, que de la poterna adquirieron por molde vaciado en cera, la entrada de punto tan importante, cuya guarda descuidaba el gobernador frances Guillot, confiado en lo inexpugnable del castillo, y en la falta de recursos que tenían los españoles para atacarle. Convenidos pues el Casas y sus confidentes, enteraron de todo á D. Francisco Rovira, y éste á Campoverde, mereciendo el plan la aprobacion de ambos.

Immediatamente ordenó el último á D. Juan Antonio Martinez, que reclutaba gente y la organizaba en el canton de Olot, que se encargase, de acuerdo con Rovira, de la sorpresa proyectada, disponiendo al propio tiempo que el Baron de Eroles se acercase al Ampurdan para apoyar la tentativa. El 6 de Abril, sábado de Ramos, Martinez y Rovira salieron de Esquirol, cerca de Olot, con 500 hombres, y pasaron á Ridaura. Aquí se les incorporaron otros 500, y el 7 llegaron todos á Oix, fingiendo que iban á penetrar en Francia. Prosiguieron el 8 su camino, y por Sardenas se enderezaron á Llerona, en donde permanecieron hasta el mediodía del 9. Lo próximos que estaban á la frontera la alborotó, y alucinó á los franceses en la creencia de que iban á invadirla. Diluviando, y á aquella hora partieron los nuestros, y torciendo la ruta, fueron á Vilaritg, pueblo distante tres leguas de Figueras, y situado en una altura, término entre el Ampurdan y el país montañoso. Ocultos en un bosque aguardaron la noche, y entónces Rovira á fuer de catalan habló á los suyos y noticióles el objeto de la marcha, dándoles en ello suma satisfaccion.

A la una de la mañana del 10 se distribuyeron en trozos y pusieronse en movimiento. Casas, como más práctico, iba el primero. Dentro del Castillo habia 600 franceses de guarnicion, en la villa de Figueras se contaban 700. Subió Casas con su tropa por la esplanada frente del hornabeque de San Zenon, metióse por el camino cubierto y descendió al foso: sus soldados llevaban cubiertas las armas para que no relumbrasen si acaso había alguna luz, y se adelantaron muy agachados. Llegado que hubieron al foso, franquearon la entrada de la poterna con la llave fabricada de antemano, y embocáronse todos sin ser sentidos en los almacenes subterráneos, de donde pasaron á desarmar la guardia de la puerta

principal. Siguieron al de Casas los otros trozos, y se desparramaron por la muralla, apoderándose de todos los puntos principales. Dresaire sorprendió el cuartel principal, Bon el de artillería, y D. Estéban Llovera cogió al Gobernador en su mismo aposento. Apénas encontraron resistencia, y todo estaba concluido en ménos de una hora, rindiéndose prisioneramente la guarnicion.

Martinez y Rovira, que se habían mantenido en respeto fuera en los arcos, ó sea acueducto, se metieron tambien dentro, y con los que llegaron en breve compusieron unos 2.600 hombres para guardar el castillo. Los franceses de la villa nada supieron hasta por la mañana, y no pudiendo remediar el mal, quedóles sólo el duelo. De Martorell habia el 9 partido Eroles para apoyar la sorpresa. Dióse el jefe español en su marcha tan buena diligencia, que el 12 se posesionó de los fuertes que ocupaban los franceses en Olot y Castelfollit; les cogió 548 prisioneros, y reforzado se dirigió en seguida á Lladó y penetró el 16 en Figueras, aniquilando al paso en la sierra de Puigventós un regimiento enemigo.

Con la toma repentina de aquel castillo estremeciósse Cataluña de alborozo y júbilo, figurándose que despuntaba ya la aurora de su libertad. Crítica por cierto era la situacion de los franceses; Rosas mal provisto, Gerona y Hostalrich rodeados de bandas y somatenes, notable la desercion y no poco el espanto del soldado enemigo con la venganza del catalan, casi bravío despues de la quema de Manresa.

Regía aquellas partes como ántes el general frances Baraguay-d' Hilliers; y no sobrándole gente en tal aprieto, abandonó varios puestos, y algunos de consideracion, así en lo interior como en la costa, señaladamente Palamós y Bañolas; llamó á sí al general Quesnel, próximo á sitiarse la Seu de Urgel, y reconcentrando cuanto pudo sus fuerzas, apellidó á guerra hasta la guardia nacional francesa de la frontera, que esquivó entrar en España.

Grandes ventajas hubiera Campoverde podido sacar del entusiasmo de los nuestros, y del azoramiento y momentáneo apuro de los contrarios. Llegó la noticia de lo de Figueras á Macdonald, y conmovióle tanto, que escribió á Suchet en 16 de Abril desde Barcelona, «que el servicio del Emperador, imperiosamente y sin dilacion, exigia los más prontos socorros, pues de otro modo estaba perdida la Cataluña superior.... y que le enviase todas las tropas pertenecientes poco ántes al séptimo cuerpo frances, y que acababan de agregarse al de Aragon.»

Fuese descuido en Campoverde, ó carencia de recursos, no se aprovechó cual pudiera de acontecimiento tan feliz, obrando con lentitud.

Supo el 12 de Abril la toma de Figueras, y no partió de Tarragona hasta el 20. Con mayor celeridad, probable era que hubiese impedido á Baraguay D'Hilliers la reconcentracion de parte de sus fuerzas, dado impulso y mejor arreglo al levantamiento de los pueblos, y obligado á Suchet á venir hácia allí, y diferir el sitio de Tarragona.

Campoverde llegó el 27 á Vique. Le acompañaban 800 caballos y 2.000 infantes, que sacó de aquella plaza con 3.000 hombres de la division de Sarsfield. Mas de 4.000 hombres de tropa reglada y somatenes guarnecian ya á Figueras, falta todavía de artilleros y de ciertos renglones de primera necesidad. Estaba circunvalada la plaza por 9.000 bayonetas y 600 caballos enemigos, número que competia con el de los españoles, y era superior en disciplina, si bien con la desventaja de dilatarse por un ámplio espacio en rededor de la fortaleza, cortado el terreno al Oeste con quebradas y estribos de montes.

En la noche del 2 al 3 de Mayo se aproximó Campoverde, y al amanecer del 3 atacó por el camino real para meter el socorro dentro de Figueras. Sarsfield iba á la cabeza, y rodeó la villa, situada al pié de la altura en donde se levanta la fortaleza, rechazando á los jinetes enemigos que quisieron oponérsele. Al mismo tiempo Rovira, que anteriormente había salido del castillo, unido con otro jefe de nombre Amat, y mandando juntos unos 2.000 hombres, llamaban la atencion del enemigo por Lladó y Llers. Eroles todavía dentro, trataba, por su parte, de ponerse en comunicacion con Sarsfield, haciendo pronta salida, y ya se miraba como asegurada la entrada del socorro, sin pérdida ni descalabro alguno. Mas de repente los enemigos, que estaban muy apurados en la villa, se dirigieron al coronel de Alcántara Pierrad, emigrado frances, que desembocaba del castillo para ejecutar de aquel lado, y conforme á las órdenes de Eroles, la operacion concertada, y le propusieron capitular. Engañado el coronel, anunció la propuesta á Campoverde, que tambien cayó en el lazo, y suspendiendo éste el ataque, autorizó á dicho Pierrad para que concluyese el convenio pedido.

No era la demanda del enemigo sino un ardid de guerra. Cierta ahora del punto por donde se le acometia, queria dar largas para traer de la otra parte un refuerzo, como lo hizo, y seis cañones. El fuego de éstos desengañó á Campoverde, atacando Sarsfield inmediatamente la villa de Figueras, lo mismo Eroles viniendo del castillo. Ya se hallaba el primero en las calles, cuando le flanquearon por la derecha 4.000 hombres que salieron de un olivar. Tuvo entónces que retirarse, y á dos de seis batallones dispersáronlos los dragones franceses. Campoverde, sin embargo,

consiguió meter dentro de la fortaleza 1.500 hombres escogidos y algunos renglones, pero no todo lo que deseaba, y á costa de perder varios efectos y 1.100 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Con ménos confianza y más decision hubiera evitado tal menoscabo, y conseguido la completa introduccion del socorro. A los franceses, que perdieron 700 hombres, les era quizá permitida, segun leyes de la guerra, la treta que imaginaron: tocaba á Campoverde vivir sobre aviso.

La escuadra inglesa y algunos buques españoles recorrieron al propio tiempo la costa; tomaron y destruyeron barcos, arruinaron muchas baterías de la marina, malográndoseles una tentativa contra Rosas, que se lisonjearon de tomar por sorpresa.

Faltaba ahora ver cómo Suchet obraria despues de la pérdida tan grande para ellos de Figueras, y si arreglaria su plan á los deseos arriba indicados de Macdonald, ó si se conformarla con las primeras órdenes del Emperador, que, no previendo el caso, habia determinado se sitiase á Tarragona. Dudoso estuvo Suchet al principio, hasta que pesadas las razones por ambos lados, resolvió no apartarse de lo que de París se le tenia prevenido. Pensaba que Figueras acordonado se rendiría al fin, y que urgía é importaba sobremanera posesionarse de Tarragona, punto marítimo, base principal de las operaciones de los españoles en Cataluña. Las resultas probaron no era falso el cálculo, y ménos descaminado: bien que para el acierto entró en cuenta el propio interes. En recuperar á Figueras ganaba sólo Macdonald: acrecíase la gloria de Suchet con la toma de Tarragona. Así el primero tuvo que limitarse á sus únicas y escatimadas fuerzas para acudir á recobrar lo perdido, y el segundo se ocupó exclusivamente en adquirir, sin participacion de otro, nuevos triunfos y preeminencias.

Antes de saber la sorpresa de Figueras, y luégo que recibió la órden de Napoleon, preparóse Suchet para el sitio de Tarragona, cuidando de dejar en Aragon, y en las avenidas principales, tropa que en el intermedio mantuviese tranquilo aquel reino. Más de 40.000 combatientes juntaba Suchet con los 17.000 que se le agregaron de Macdonald. Tres batallones, un cuerpo de dragones y la gendarmería ocupaban la izquierda del Ebro; á Jaca y Venasque guardábanlos 1.500 infantes, y habia puntos fortificados que asegurasen las comunicaciones con Francia. El general Compere mandaba en Zaragoza, puesta en estado de defensa y guarnecida por cerca de 2.000 infantes y dos escuadrones, extendiéndose la jurisdiccion de este general á Borja, Tarazona y Calatayud, en cuya postrera ciudad fortificaron los enemigos y abastecieron el convento de

la Merced, resguardado por dos batallones que gobernaba el general Ferrer. Cubría á Daroca y parte del señorío de Molina, fortalecido su castillo, el general Paris, teniendo á sus órdenes cuatro batallones, 300 húsares y alguna artillería. En Teruel se alojaba el general Abbé con más de 3.000 infantes, 300 coraceros y dos piezas; y se colocaron en los castillos de Morella y Alcañiz 1.400 hombres, así como 1.200 de los polacos en Batea, Caspe y Mequinenza, favoreciendo estos últimos los trasportes del Ebro. Excusamos repetir lo ya dicho arriba de las tropas dejadas en Tortosa y su comarca hasta la Rápita, embocadero de aquel río. Quedó además Klopicki con cuatro batallones y 200 húsares en el confin de Navarra, infundiendo siempre gran recelo al enemigo las excursiones de Espoz y Mina. Detenémonos á dar esta razon circunstanciada de las medidas preventivas que tomó Suchet, para que de ella se colija cuál era el estado de Aragon al cabo de tres años de guerra; de Aragon, de cuya quietud y sosiego blasonaba el frances. No hubiera sido extraño que hubiesen permanecido inmóviles aquellos habitantes relajados así con castillos y puestos fortificados. Sin embargo, á cada paso daban señales de no estar apagada en sus pechos la llama sagrada, que tan pura y brillante habia por dos veces relumbrado en la inmortal Zaragoza.

En fin Suchet, tomadas estas y otras precauciones, y aseguradas las espaldas por la parte de Aragon y Lérida, adelantóse el 2 de Mayo á formalizar el sitio de que estaba encargado, almacenando en Reus provisiones de boca y guerra en abundancia, y acompañado de unos 20.000 hombres.

Forma Tarragona en su conjunto un paralelógramo rectángulo, situada la ciudad principal en un collado alto, cuyas raíces por Oriente y Mediodía baña el Mediterráneo. A Poniente y en lo bajo está el arrabal, adonde lleva una cuesta nada ágría, corriendo por allí el rio Francolí, que fenecce en la mar, y se cruza por una puente de seis ojos sobrado angosta. Cabeecera de la España citerior y célebre colonia romana. conserva aún Tarragona muchas antigüedades y reliquias de su pasada grandeza. No la pueblan sino 11.000 habitantes. La circuye un muro del tiempo ya de los romanos, cuyo lado occidental, destruido en la guerra de sucesion, se reemplazó despues con un terraplen de ocho á diez piés de ancho y cuatro baluartes, que se llaman, empezando á contar por el mar, de Cervántes, Jesus, San Juan y San Pablo. Por esta parte, que es la de más fácil acceso, y para cercar el arrabal, habíase construido otra línea de fortificaciones, que partia del último de los cuatro citados baluartes, y se terminaba en las inmediaciones del fuerte de Francolí, sito al desagüadero de este rio:

varios otros baluartes cubrían dicha línea, y dos lunetas, de las que una nombrada del Príncipe, como también la batería de San José y dos cortaduras, amparaban la marina y la comunicación con el ya mencionado castillo de Francolí. En lo interior de este segundo recinto, y detrás del baluarte de Orleans, colocado en el ángulo hacia la campiña, se hallaba el fuerte Real, cuadro abaluartado. Había otras obras en los demás puntos, si bien por aquí defienden principalmente la ciudad las escarpaduras de su propio asiento. Eran también de notar el fuerte de Lorito ó Loreto, y en especial el del Olivo al Norte, distante 400 toesas de la plaza, sobre una eminencia. Tenía el último hechura de un hornabeque irregular con fosos por su frente, y camino cubierto, aunque no acabado; en la parte interna y superior había un reducto con un caballero en medio y dos puertas ó rastrillos del lado de la gola, la cual, escasa de defensas, protegían la aspereza del terreno y los fuegos de la plaza.

Necesitaba Tarragona para ser bien defendida, que la guarneciesen 14.000 hombres, y sólo tenía al principio del sitio 6.000 infantes y 1.200 milicianos, en cuyo tiempo la gobernaba D. Juan Caro, sucediendo á éste, en fines de Mayo, D. Juan Senen de Contreras. Era comandante general de ingenieros D. Carlos Cabrer, y de artillería D. Cayetano Saqueti.

Trataron los enemigos el 4 de Mayo de embestir del todo la plaza. El general Harispe, acompañado del de ingenieros Rogniat, pasó el Francolí, y caminó hacia el Olivo. Ofrecieronle los puestos españoles gran resistencia, y perdió la brigada del general Salme cerca de 200 hombres. Al mismo tiempo la de Palombini, que con la otra componía la división de Harispe, se prolongó por la izquierda, y se apoderó del Lorito y del reducto vecino llamado del Ermitaño, abandonados ambos ántes por los españoles como embarazosos. Colocó Harispe además tropas de respeto en el camino de Barcelona, próximo á la costa. Del lado opuesto, y á la derecha de este general, se colocó Frere y su división, y en seguida Haber con la suya, frontero al puente del Francolí, y apoyado en la mar, completándose así el acordonamiento.

El 5 hicieron los españoles cuatro salidas en que incomodaron al enemigo, y empezó la escuadra inglesa á tomar parte en la defensa. Constaba aquélla de tres navíos y dos fragatas, á las órdenes del comodoro Codrington, que montaba el Blake, de 74 cañones.

Precaviéronse los franceses como para sitio largo, y en Reus, su principal almacenamiento, atrincheraron varios puestos y fortalecieron algunos conventos y grandes edificios, temerosos de los miqueletes y somatenes, que no cesaban de amagarlos é incomodar sus convoyes.

Así fué que el 6 de Mayo un cuerpo de aquéllos acometió á Montblanch, punto tan importante para la comunicacion entre Tarragona y Lérida, é intentó prender fuego al convento de la Virgen de la Sierra, que guardaba un destacamento frances. Emplearon los miqueletes al efecto, aunque sin fruto, la estratagema de cubrirse con unas tablas acolchadas para poder arrimarse á las puertas, imitando en ello el *testudo* de los antiguos. Los franceses de resultas reforzaron aquel punto.

Continuando los enemigos sus preparativos de ataque contra Tarragona, cortaron el acueducto moderno que surtia de agua á la ciudad, y que empezó á restablecer en 1782, aprovechándose de los restos del famoso y antiguo de los romanos, el digno arzobispo D. Joaquín de Santian y Valdivieso. No causó á Tarragona aquel cóрте privacion notable, provista de aljibes y de un profundísimo pozo de agua no muy buena, pero potable y manantial. Más dañó al frances: los somatenes sabiendo lo acaecido, hicieron cortaduras más arriba, y como aquellas aguas, necesarias para el abasto del sitiador, venian de Pont de Armentera, junto al monasterio de Santas Cruces, seis leguas distante, tuvo Suchet que emplear tropas para reparar el estrago, y vigilar de continuo el terreno.

Decidieron los franceses acometerá Tarragona por el Francolí del lado del arrabal, ofreciéndoles los otros frentes mayores obstáculos naturales. Requeríase, sin embargo, en el que escogieron comenzar por despejar la costa de las fuerzas de mar, con cuya mira trazaron allí al 8, y al cabo remataron, á pesar del fuego vivo de la escuadra inglesa, un reducto, sostenido despues por nuevas baterías construidas cerca del embocadero del Francolí.

En lo interior de la plaza reinaba ánimo ensalzado, que se afirmó con la llegada el 10 del Marqués de Campoverde, quien noticioso de los intentos del enemigo se habia dado priesa á correr en auxilio de Tarragona. Vino por mar procedente de Mataró con 2.000 hombres, habiendo dejado fuera la tropa restante bajo D. Pedro Sarsfield, con órden de incomodar á Suchet en sus comunicaciones.

Tenía el enemigo para asegurar su ataque contra el recinto que tomar primero el fuerte del Olivo, empresa no fácil. Le incomodaban mucho de este lado las incesantes acometidas de los españoles; por lo que para reprimirlas y adelantar en el cerco, embistió en la noche del 13 al 14 unos parapetos avanzados que amparaban dicho fuerte. Los defendió largo tiempo D. Tadeo Aldea, y sólo se replegó oprimido del número. En el Olivo, muy animosos los que le custodiaban, respondieron á cañonazos á la proposicion que de rendirse les hizo el frances; y pensando Aldea

en recobrar los parapetos perdidos, avanzó de nuevo y poco despues entres columnas. Los contrarios, que conocian la importancia de aquellas obras, habíanlas sin dilacion acomodado en provecho suyo, y en términos de frustrar cualquiera tentativa. Acometieron sin embargo los nuestros con el mayor arrojo, y hubo oficiales que perecieron plantando sus banderas dentro de los mismos parapetos.

Por defuera molestaban los somatenes el campo enemigo, y tambien se verificó el 14 un reconocimiento orilla de la mar, á las ordenes de D. José San Juan, protegido por la escuadra. Se encerraron los franceses en el reducto que habían construido, y apresuróse á auxiliarlos el general Habert.

El mismo D. José San Juan destruyó el 18 parte de las obras que construia el sitiador á la derecha del Francolí, poniéndole en vergonzosa fuga y causándole una pérdida de más de 200 hombres. Señalóse este dia una mujer de la plebe, conocida bajo el nombre de *la Calesera de la Rambla*. Multiplicáronse las salidas con más ó ménos fruto, pero con daño siempre del sitiador.

No descuidó D. Pedro Sarsfield desempeñar el encargo que se le había encomendado de llamar á sí y atraer léjos de la plaza al enemigo. El 20 se colocó en Alcover, y tuvieron los franceses que acudir con bastante fuerza para alejarle, costándoles gente su propósito. Tres dias despues, incansable Sarsfield se enderezó á Montblanch y puso en aprieto al jefe del batallon Année, que allí mandaba; y si bien se libró éste, socorrido á tiempo, vióse Suchet en la necesidad de abandonar aquel punto, á cada paso acometido.

Ahora fijóse el frances en tomar el fuerte del Olivo, y con tal intento abrió la trinchera á la izquierda de los parapetos que poco ántes habia ganado, dirigiéndose á un terromontero distante 60 toesas de aquel castillo. Adelantó en su trabajo dificultosamente por encontrar con peña viva. Al fin terminó el 27 cuatro baterías, que no pudo armar hasta el 28, teniendo los soldados que tirar de los cañones á causa de lo escabroso de la subida. Cada paso costaba al sitiador mucha sangre, y en aquella mañana la guarnición del fuerte, haciendo una salida de las más esforzadas, atropelló á sus contrarios y los desbarató. Para infundir aliento en los que cejaban, tuvo el general frances Salme que ponerse á la cabeza, y víctima de su valerosa arrogancia, al decir *adelante*, cayó muerto de un metrallazo en la sien.

Vueltos en sí los franceses á favor de auxilios que recibieron, comenzaron el fuego contra el Olivo el mismo dia 28. Aniquilábalos la me-

tralla española, hasta que se disminuyó su estrago con el desmontar de algunas piezas y la destruccion de los parapetos. En el ángulo de la derecha del fuerte aportillaron los enemigos brecha sin que por eso arriesgasen ir al asalto. Los contenía la impetuosidad y el coraje que desplegabá la guarnicion.

A lo último, desencabalgadas el 27 todas las piezas y arruinadas nuestras baterías, determinaron los sitiadores apoderarse del fuerte, amagando al mismo tiempo los demas puntos. La plaza y las obras exteriores respondieron con tremendo cañoneo al del campo contrario, apareciendo el asiento en que á manera de anfiteatro descansa Tarragona, como inflamado con las bombas y granadas, con las balas y los frascos de fuego. Tampoco la escuadra se mantuvo ociosa, y arrojando cohetes y mortíferas luminarias, añadió horrores y grandeza al nocturnal estrepitoso combate.

Precedido el enemigo de tiradores, acorrió por la noche al asalto, distribuido en dos columnas; una destinada á la brecha, otra á rodear el fuerte y á entrarla por la gola.

Tuvo en un principio la primera mala ventura. No estaba todavía la brecha muy practicable, y resultando cortas las escalas que se aplicaron, necesario fué para alcanzar á lo alto que trepasen los soldados enemigos por encima de los hombros de un camarada suyo, que atrevidamente y de voluntad se ofreció á tan peligroso servicio.

Burláronse los españoles de la invencion, y repeliendo á unos, matando á otros y rompiendo las escalas, escarmentaron tamaña osadía. En aquel apuro favorecieron al frances dos incidentes. Fué uno haber descubierto de antemano el italiano Vaccani, ingeniero y autor diligente de estas campañas, que por los caños del acueducto que ántes surtian de agua al fuerte, y conservaron malamente los españoles, era fácil encaramarse y penetrar dentro. Ejecutáronlo así los enemigos, y se extendieron á lo largo de la muralla ántes que los nuestros pudiesen caer en ello.

No aprovechó ménos á los contrarios el otro incidente, aún más casual. Mudábase cada ocho días la guarnicion del Olivo; y pasando aquella noche el regimiento de Almería á relevar al de Iliberia, tropezó con la columna francesa que se dirigía á embestir la gola. Sobresaltados los nuestros, y aturdidos del impensado encuentro, pudieron varios soldados enemigos meterse en el fuerte revueltos con los españoles; y favorecidos de semejante acaso, de la confusion y tinieblas de la noche, rompieron luégo á hachazos, junto con los de afuera, una de las dos puertas arriba mencionadas, y unidos unos y otros, dentro ya todos, apretaron de

cerca á los españoles y los dejaron, por decirlo así, sin respiro, mayormente acudiendo á la propia sazón los que habian subido por el acueducto, y estrechaban por su parte y acorralaban á los sitiados. Sin embargo, éstos se sostuvieron con firmeza, en especial á la izquierda del fuerte y en el caballero, y vendieron cara la victoria disputando á palmos el terreno y lidiando como leones, segun la expresion del mismo Suchet (2). Cedieron sólo á la sorpresa y á la muchedumbre, llegando de golpe con gente el general Harispe, el cual estuvo á pique de ser aplastado por una bomba que cayó casi á sus piés. Percieron de los franceses 500, entre ellos muchos oficiales distinguidos. Perdimos nosotros 1.100 hombres: los demas se descolgaron por el muro, y entraron en Tarragona. Rindióse D. José María Gamez, gobernador del fuerte, pero traspasado de diez heridas, como soldado de pecho. Infíerese de aquí cuál hubiera sido la resistencia sin el descuido de los caños y el fatal encuentro del relevo. Ciega iracundia, no valor verdadero, guiaba en la lucha á los militares de ambos bandos. Dícese que el enemigo escribió en el muro con sangre española: «Vengada queda la muerte del general Salme»; inscripcion de atroz tinta, no disculpable ni con el ardor que aun vibra tras sañuda pelea.

En la misma noche providenciaron los franceses lo necesario á la seguridad de su conquista, y por tanto inútil fué la tentativa que para recobrarle practicó al dia siguiente D. Edmundo O-Ronani, en cuya empresa se señaló de un modo honroso el sargento Domingo Lopez.

Mucho desalentó la pérdida del Olivo, sin que bastasen á dar consuelo 1.600 infantes y 100 artilleros poco antes llegados de Valencia, y unos 400 hombres que por entónces vinieron tambien de Mallorca. Habíase pregonado como inexpugnable aquel fuerte, y su toma por el enemigo frustró esperanzas sobrado halagüeñas.

Juntó en su apuro el Marqués de Campoverde un consejo de guerra, en cuyo seno se decidió que dicho general saliese de Tarragona, como lo verificó el 31 de Mayo. Antes de su partida encargó la plaza á D. Juan Senen de Contreras, enviando en comision á Valencia en busca de auxilios á D. Juan Caro. Contreras acababa de llegar de Cádiz, y siendo el general más antiguo no pudo eximirse de carga tan pesada. Parécenos injusto que, perdido el Olivo y á mitad del sitio, se impusiese á un nuevo jefe responsabilidad que más bien tocaba al que desde un principio

(2) *Les espagnols..... s'y défendaient en lions, quoique génés par leur propre nombre. (Mémoires du maréchal Suchet, tom. II, chap. II, pág. 59.)*

habia gobernado la plaza. Hasta el mismo Caro debiera en ello haberse mirado como ofendido. No obstante, nadie se opuso, y todos se mostraron conformes. Incumbió á D. Pedro Sarsfield la defensa del arrabal de Tarragona y de su marina, encargándose el baron de Eroles, que habia salido de Figueras, de la direccion de las tropas que ántes capitaneaba aquél del lado de Montblanch. Campoverde, fuera ya de la plaza, situó en Igualada sus reales el 3 de Junio. Salieron tambien de la ciudad muchos de los habitantes principales huyendo de las bombas y de las angustias del sitio. Habíalo ántes verificado la Junta y trasladándose á Monserrat, pues, como autoridad de todo el principado, justo era quedase expedita para atender á los demas lugares.

Dueños los franceses del Olivo, empezaron su ataque contra el cuerpo de la plaza, abrazando el frente del recinto que cubria el arrabal, y se terminaba de un lado por el fuerte de Francolí y baluarte de San Carlos, y del otro por el de Orleans, que llamaron de los Canónigos los sitiadores.

Abrieron éstos la primera paralela á 180 toesas del baluarte de Orleans y del fuerte de Francolí, la cual apoyaba su derecha en los primeros trabajos concluidos por el frances en la orilla opuesta del rio, amparando la izquierda un reducto: establecieron tambien por detras una comunicacion con el puente del Francolí y con otros dos que construyeron de caballetes, validos de lo acanalado de la corriente.

En la noche del 1.º al 2 de Junio habian los sitiadores comenzado los trabajos de trinchera, y los continuaron en los días siguientes, sin que los detuviesen las salidas y fuego de los españoles. Zanjaron el 6 la segunda paralela, que llegó á estar á treinta toesas del fuerte de Francolí, batiendo en brecha sus muros al amanecer del 7. Lo mandaba D. Antonio Róten, quien se mantuvo firme y con gran denuedo. Al caer de la tarde apareció practicable la brecha, y los enemigos se dispusieron á dar el asalto á las diez de la noche. Juzgó prudente el gobernador de la plaza, Senen de Contreras, que no se aguardase tal embestida, y por eso Róten, conformándose con la órden de su jefe, evacuó el fuerte y retiró la artillería.

Prosiguiendo tambien los franceses en adelantar por el centro la segunda paralela, se arrimaron á treinta y cinco toesas del ángulo saliente del camino cubierto del baluarte de Orleans. Incomodábalos sobremanaera el fuego de la plaza, y á punto de acobardar á veces á los trabajadores, ó de entibiar su ardor. Así fué que en la noche del 8 al 9 yacían rendidos de cansancio y del mucho afan, á la sazón que 300 granaderos

españoles hicieron una salida, y pasaron á degüello á los más desprevenidos. No ménos dichosa resultó otra que del 11 al 12 dirigió en persona, con 3.000 hombres, don Pedro Sarsfield, comandante, segun queda dicho, del arrabal y frente atacado. Ahuyentó á los trabajadores, destruyó muchas obras, y llevólo todo á sangre y fuego. En este trance, como en otros anteriores y sucesivos, distinguiéronse varios vecinos, y hasta las mujeres, que no cesaron de llevar á los combatientes refrigerantes y auxilios, en medio de las balas y las bombas.

Reparado el mal que se le habia causado, tuvo el frances ya el 15 trazados tres ramales delante de la segunda paralela: uno dirigido al baluarte de Orleans, otro á una media luna inmediata, llamada del Rey, y el tercero al baluarte de San Cárlos, logrando coronar la cresta del gláncis. Comprendian los sitiadores en el ataque la luneta del Príncipe, al siniestro costado del postrer baluarte, la cual acometieron en la noche del 16. Mandaba por parte de los españoles D. Miguel Subirachs. Se formaron los franceses para asaltar dicha luneta en dos columnas; una de ellas debia embestir por un punto débil á la izquierda, en donde el foso no se prolongaba hasta el mar, y la otra por el frente. Inútiles resultaron los esfuerzos de la última, estrellándose contra el valor de los españoles, á manos de los cuales pereció el frances Javersac, que la comandaba, y otros muchos. Al reves la primera, pues favorecida de lo flaco del sitio, entró en la luneta, pereciendo 100 de nuestros soldados, quedando varios prisioneros, y refugiándose los demas en la plaza. A éstos los siguieron los enemigos, quienes, con el ímpetu, se metieron por la batería de San José y cortaron las cuerdas del puente levadizo. En poco estuvo no penetrasen en el arrabal: impidióselo un socorro llegado á tiempo, que los repelió.

Con la posesion de la luneta del Príncipe, cerró el sitiador cada vez más el frente atacado. Por ambas partes se encarnizaba la lucha, brillando el denuedo de los nuestros, ya que no siempre el acierto en la defensa. Tan enconados andaban los ánimos de unos y otros, que acompañaban á la pelea palabras injuriosas y desaforados baldones. La matanza crecia en grado sumo, y por confesion misma de los franceses, nada ponderativos en sus propias pérdidas, contaban ya, en el estado actual del sitio (el 16 de Junio), entre muertos y heridos, un general, dos coroneles, 15 jefes de batallon, 19 oficiales de ingenieros, 13 de artillería, 140 de las demas armas, en fin con los soldados 2.500 hombres. Y todavía tenían que apoderarse del arrabal, y empezar despues el acometimiento contra la ciudad.

Dos días ántes, el 14 de Junio, habia llegado á Tarragona D. José Miranda con una division de Valencia, compuesta de más de 4.000 hombres armados y de unos 400 desarmados. Los ultimos se equiparon y quedaron en la plaza. Los otros, con su jefe, siguieron y tomaron tierra en Villanueva de Sitges, juntándose el 16 en Igualada con el Marqués de Campoverde. Reunia éste, asistido de tan buen refuerzo, 9.456 infantes y 1.183 caballos, y en consecuencia, se determinó á maniobrar en favor de la ciudad sitiada.

Por aquellos días el Baron de Eroles, que obraba unido á Campoverde, atacó cerca de Falset un gran convoy enemigo, y cogióle 500 acémilas. Poco ántes, hácia Mora de Ebro, en Gratallops, D. Manuel Fernandez Villamil rodeó igualmente un grueso destacamento á las órdenes del polaco Mrozinski, y acabó con 300 de sus soldados, entre muertos, heridos y prisioneros, obligando al resto de ellos á encerrarse en la ermita de la Consolacion, de donde vinieron á sacarlos dificultosamente tropas suyas de Mora.

Pérdidas diarias de esta clase fueron parte para que Süchet llamase la brigada de Abbé, y un regimiento que habia enviado á observar á Eroles, á Villamil y otros jefes, la vuelta de Mora y Falset, y tambien para que procurase acelerar la conquista de Tarragona, alterándole pensamientos varios en vista de la enérgica bizarría de la guarnicion y del aumento de las fuerzas de Campoverde, y muestras que daba éste de moverse.

El 18 de Julio tenía el sitiador concluida la tercera paralela; y emprendió la bajada al foso enfrente del baluarte de Orleans, perfeccionando las obras de ataque por los demas puntos. En la mañana del 21 empezó á batir el muro, y á las cuatro de la tarde aparecieron abiertas tres brechas; dos en los baluartes de Orleans y San Carlos, la otra en el fuerte Real, aunque colocado detras: lo mal parado del terraplen facilitó al enemigo su progreso.

Hasta ahora habia defendido el arrabal, desde los primeros dias de Junio, D. Pedro Sarsfield, portándose con valor é inteligencia. Pero el 21, dia mismo del ataque, como hubiese Campoverde pedido al Gobernador que le enviase, para mandar una division, á Róten ó al citado Sarsfield, escogió Contreras al último, y le hizo salir de la plaza en el momento en que ya el enemigo habia dado principio á su acometida. Inexplicable proceder y de consecuencias inmediatas y desastradas. Porque, si bien se puso á la cabeza del punto atacado D. Manuel Velasco, oficial intrépido y entendido, sábese cuánto perjudica al buen éxito de todo combate la mudanza repentina de jefe.

A las siete de la tarde caminó el enemigo al asalto en tres trozos, contra el baluarte de Orleans, el de San Cárlos y el lado de la marina: llevaba todas sus reservas.

No obstante una vigorosa resistencia, se metieron los franceses en el baluarte de Orleans, deteniéndolos buen rato en la gola los españoles, de los que muchos fueron allí pasados por la espada, y sin vengarse cual pudieran, no habiendo encendido á tiempo dos hornillos ya cargados. Se apoderaron tambien los enemigos de los demas puntos, hasta del fuerte Real, por escalada, estando aún la brecha poco practicable. Hácia la marina rechazó Velasco los primeros ataques, sostúvose con noble esfuerzo, y no se retiró sino cuando avanzaron por el flanco los franceses que venian de los baluartes de San Cárlos y de Orleans. Contreras, puesto en lo alto del muro de la ciudad, tomó precauciones para evitar cualquiera sorpresa de aquel segundo recinto, y logró que Velasco y los suyos se salvaran, entrando por la puerta de San Juan. Dispararon los ingleses andanadas de todos sus buques, que no hicieron gran mella en el enemigo. Nosotros perdimos 500 hombres, no pocos se ocultaron, y á la deshilada se guarecieron sucesivamente en la ciudad. Mataron los acometedores á muchos vecinos del arrabal, sin distincion de sexo, quemaron almacenes en el puerto, y dueños del muelle, incomodaron en breve el embarcadero del Milagro, que ahora servia para las comunicaciones de mar. Ufanos los franceses con el buen suceso de su ataque, hicieron señales á la plaza por ver si el Gobernador queria entrar en capitulacion; pero éste las desdeñó con altanero silencio.

Ofendióse Suchet, y la misma noche del 21 al 22 dispuso que se abriese la primera paralela contra la ciudad, apoyando la izquierda en el baluarte llamado Santo Domingo, y la derecha en el mar. No le restaba ya al enemigo que vencer sino este último recinto, sencillo y débil.

Los habitantes de Tarragona, Senen de Contreras, la junta de Cataluña, en una palabra, todos murmuraban y quejábanse amargamente del Marqués de Campoverde, cuya inaccion la echaban algunos á mala parte. Se figuraban ser superiores á lo que lo eran en realidad las tropas que aquél mandaba, y por el contrario, disminuían en su imaginacion sobradamente las de los franceses. Contribuyó al comun error el mismo Campoverde por sus ofertas y encarecimientos; tambien Contreras, que, en vez de obrar, consumia á veces el tiempo propalando indiscretamente que la plaza tendria luégo que rendirse si en breve no era socorrida.

Cediendo, en fin, Campoverde al clamor universal y al propio impulso, resolvió hacer el 25 de Junio una tentativa contra los sitiadores. En

su virtud, D. José Miranda, al frente de la division valenciana y de 1.000 infantes de la de Eroles, con 700 caballos, fué destinado á atacarlos campamentos franceses de Hostalnou y Pallaresos, al paso que Campoverde debia situarse á la izquierda en el Callas para sostener la columna de ataque, y favorecerla ademas por medio de un falso movimiento, al cargo de D. José María Torrijos.

En espera de los nuestros, reunió Suchet, sin alejarse, sus principales fuerzas, contando con que se le atacaria del lado de Villalonga. Excusada era tanta prevencion. Miranda no desempeñó su encargo, so pretexto de que no conocia el terreno, y alegando dudas y temores, que no le ocurrieron la víspera, y para las que no habia nueva razon. Un escarmiento ejecutivo y severo hubiera servido en este caso de leccion provechosa, y estorbado la repeticion de actos tan indignos del nombre español. Lavó hasta cierto punto la mancha D. Juan Caro, de vuelta de Valencia, sorprendiendo y acuchillando, en Torredembarra, á unos 200 franceses. Mas se perdió la ocasion de aliviar á Tarragona, y Campoverde, aunque mal de su grado, tiró la vuelta del Vendrell.

Parecia, sin embargo, no estar todo aún perdido. El 26 llegaron delante de Tarragona, procedentes de Cádiz, 1.200 ingleses al mando del coronel Skerret. Estas tropas, ya uniéndose á Campoverde, ó ya reforzando la plaza, hubieran sido de gran provecho, no tanto por su número, cuanto por los alientos que infundiesen con su presencia. Mas cuando la suerte va de caida, esperada ventura cámbiase en aguda desdicha. Skerret y otros jefes británicos tomaron tierra, y despues de examinar el estado de la plaza, mostráronse muy abatidos. Contreras viendo esto, si bien le dijeron aquéllos que se hallaban prontos á obedecerle, no quiso forzarles la voluntad, y dejó á su arbitrio desembarcar ó no su gente. Entónces los jefes ingleses se decidieron por mantenerla á bordo, y de consiguiente, en mala hora aparecieron en las playas de Tarragona, transtornando del todo con semejante determinacion ánimos ya muy inquietos despues de las precedentes desgracias.

Otra ocurrencia habia aumentado ántes dentro de la plaza la desunion y discordia. Mal avenido Campoverde con Senen de Contreras á causa de continuos é indiscretos razonamientos de éste, le escribió para que si no estaba contento se desistiese del mando, previniendo al propio tiempo á D. Manuel Velasco le tomase en caso de la dejacion de Contreras, ó en cualquiera otro en que el último tratára de rendirse. Comunicó igual órden á los demas jefes, autorizándolos á nombrar gobernador si Velasco no aceptase el cargo. Conformábase la resolucion de Campo-

verde con una circular de la Regencia de principios de Abril, aprobada por las Córtes, segun la cual se mandaba que en tanto que hubiese en una plaza un oficial que opinase por la defensa, aunque fuese el más subalterno de la guarnicion, no se capitularia, y que por el mismo hecho se encargase dicho oficial del mando. Habíase originado esta providencia de lo que pasó con Imaz en Badajoz; pero en Tarragona no se estaba en el mismo caso. Contreras no pensaba en rendirse, y justo es decir que sobrábanle bríos y honra para cometer villanía alguna. Era sólo hombre de mal contentar, presuntuoso, y que usaba con poco recato de la palabra y de la pluma. En este lance, altamente ofendido, léjos de despojarse del gobierno, dió á Velasco pasaporte para que saliese de Tarragona y se incorporase al cuartel general. Privábase así á la plaza de buenos oficiales, nacian partidos, y desmayaban hasta los más firmes.

Provechoso lucro para el frances. Avivaba este sus obras, y estableciendo la segunda paralela á 60 toesas de la plaza, ó sea del último recinto, que era el atacado, tuvo prontas y armadas en la noche del 27 al 28 las baterías de brecha. Sabedor Suchet de la llegada de los ingleses, apremiábale posesionarse de Tarragona. Estaba distante de imaginar que la presencia de aquellas tropas fuese nuevo agasajo que le hacia la fortuna. Abrieron los sitiadores temprano el fuego en la mañana del 28, intentando principalmente aportillar el muro en la cortina del frente de San Juan por el ángulo que forma con el flanco izquierdo del baluarte de San Pablo. El terreno es de piedra sin foso ni camino cubierto.

Correspondieron los nuestros á los fuegos enemigos de un modo terrible y acertado, y destruyéndoles los espaldones de las baterías, dejaron en descubierto á sus artilleros y mataron á muchos. Por nuestra parte hubo la desgracia de volarse un repuesto de pólvora en el estrecho baluarte de Cervántes, y de que se apagasen sus fuegos. Mortíferos continuaban en los otros puntos; mas, recio el enemigo en asestar furibundos tiros contra el lienzo de la muralla que queria rasgar, empezó á conseguirlo y franqueó al fin anchuroso boqueron.

Á las cinco de la tarde conceptuaron los sitiadores practicable la brecha, y dispuso Suchet el asalto bajo las órdenes de los generales Habert, Ficatier y Montmarie. Tambien Senen de Contreras se preparó á recibir y rechazar á los franceses en la misma brecha, y aún á defenderse dentro de las calles, cortadas várias y señaladamente la rambla. Ocho mil hombres de buenas tropas le quedaban, y con ellas y alguna ayuda del vecindario podria Tarragona durante muchos días repetir el ejemplo de Gerona y Zaragoza. La suerte adversa determinó lo contrano. El go-

bernador español formó en frente de la brecha dos batallones de granaderos provinciales y el regimiento de Almería, y dió á sus jefes acertadas órdenes. Quizá hubiera debido Contreras agolpar allí más gente, y no esparcirla como lo hizo por otros puntos que no estaban amagados.

Abalanzóse pues el enemigo desde la trinchera contra la brecha. A los primeros acometedores derríbalos la metralla que vomitan nuestras piezas, los reemplazan otros, y caen tambien ó vacilan; acude la reserva, los ayudantes mismos de Suchet, y hasta se forma para dar ejemplo un batallon de oficiales, que todo se necesitaba, arredrado el soldado frances con el arrojo y serenidad que muestran los españoles. Una y más veces se rompen las columnas enemigas, y una y más veces se rehacen y quedan desbaratadas. Al cabo de dura porfía y á favor del número suben los franceses á la brecha y penetran en la cortina y baluarte de San Pablo, procurando extenderse á manera de relámpago por lo largo del adarve.

Así lo tenía proyectado el general enemigo con mucha prudencia, pues dueños los suyos de todo el circuito del muro, sobrecogian é los sitiados é imposibilitaban probablemente la defensa interior de la ciudad. Sin embargo, en las cortaduras de la rambla resistió valerosamente el regimiento de Almansa los ímpetus de los contrarios, y sólo cedió al verse flanqueado y acometido por la espalda. Furibundo el frances penetró á lo último por todas partes, pilló, quemó, mató, violó, arrebólo con sangre las calles y edificios de Tarragona.

En las gradas de la catedral murió defendiéndose, con otros hombres esforzados, D. José Gonzalez, hermano del Marqués de Campoverde. Senen de Contreras, herido en el vientre de un bayonetazo, cayó prisionero en la puerta de San Magin. Perecieron más de 4.000 personas del vecindario, ancianos, religiosos, mujeres y hasta los más tiernos párvulos, porque si bien muchos de los principales moradores habian desamparado la plaza ántes del asalto, la masa de la poblacion habíase quedado á guardar sus hogares. Entre varios objetos de curiosidad é importancia que se destruyeron, contóse el archivo de la catedral. De los soldados quedaron prisioneros, incluyendo los heridos de los hospitales, 7.800: los generales Courten, Cabrery y otros oficiales superiores fueron de este número. Hubo tropas que intentaron escaparse por la puerta de San Antonio, camino de Barcelona, pero el general Harispe, apostado hácia aquella parte, los envolvió ó acosó contra la plaza.

Cometieron los españoles en la defensa diversas faltas. Fueron las de Campoverde no perfeccionar de antemano las fortificaciones, mudar de

gobernador á mitad del sitio, y ofrecer confiadamente socorro para despues no proporcionarle. Reprenderse deben en Contreras sus piques y quisquillas, sus manejos para malquistar al pueblo contra los demas jefes; lastimosas ocupaciones en que perdía el tiempo con desdoro suyo y en perjuicio de la causa que sostenía. Descansó tambien sobradamente en los auxilios que esperaba de fuera, y aunque oficial de saber y práctico, anduvo á veces desatentado en el modo de repeler las acometidas del enemigo ó de preverlas. Una voluntad única y sola de inflexible entereza, y superior á celosas y miseras competencias, retardado hubiera los ataques del sitiador, y áun inutilizado várias de sus tentativas.

Con todo eso, la defensa de Tarragona, plaza de suyo irregular y defectuosísima, honró á nuestras armas y afianzará por siempre á Contreras un puesto glorioso en los fastos militares de España. El enemigo para apoderarse de aquel recinto tuvo que abrir nueve brechas, dar cinco asaltos, y perder, segun su propia cuenta 4.293 hombres, pues segun la de otros pasaron de 7.000.

Llevado D. Juan Senen de Contreras en unas angarillas delante de Suchet, reprochóle éste lo pertinaz de la resistencia, y dijole «que merecía la muerte por haber prolongado aquélla más allá de lo que permiten las leyes de la guerra, y por no haber capitulado abierta la brecha.» Con dignidad le replicó D. Juan: «Ignoro qué ley de guerra prohíba resistir al asalto; ademas esperaba socorros: mi persona debe ser inviolable como la de los demas prisioneros. La respetará el general frances; donde no, el oprobio será, suyo, mía la gloria.» Suchet tratóle despues con atenta cortesanía, agasajóle, y le hizo muchos ofrecimientos para que pasase al servicio del rey intruso. Desechólos Contreras, y de resultas le condujeron al castillo de Bouillon en los Países-Bajos, de cuyo encierro logró escaparse, no habiendo nunca empeñado su palabra de honor.

Suchet bajo palio y á pié fué en Reus á la iglesia á dar gracias al Todopoderoso por el triunfo que le habia concedido con la toma de Tarragona. En vez los invasores de granjearse con eso las voluntades, las enajenaban más y muy mucho, pues el religioso pueblo, aquí como en otras partes que ya hemos visto, calificaba tales actos de sacrílego fingimiento y mera juglería. Y á la verdad, ¿cómo pudiera graduarlos de otro modo, recordando que dias ántes, en Tarragona, los mismos que ahora se mostraban tan píos y devotos habian prostituido los templos, profanado los sagrarios, quemado los óleos, pisoteado las formas? No cuadran con la gravedad y pausa española tránsitos tan repentinos y contradictorios, ni engaños tan mal solapados.

Difundida en Cataluña la nueva de la pérdida de Tarragona, se apoderó de los ánimos exasperacion y desmayo. Cundió el mal al ejército y notóse mucha desercion, porque los catalanes que en él habia preferían la guerra de somatenes á la de tropa reglada, poniendo ademas en sus propios jefes mayor confianza que en los forasteros; y los que eran valencianos, ansiando por volverá defender su propio suelo que creian amenazado, reclamaban la promesa que les habian hecho de un pronto retorno. Acrecentaban tal inclinacion las mismas medidas de Campoverde, fuera de sí y apesarado con los infortunios. Yendo el 1.º de Julio de Igualada á Cervera congregó un consejo de guerra, en el que por cuatro votos de siete se decidió la evacuacion del principado, dejando sólo en la tierra guerrillas de catalanes. Inconcebible resolucion cuando se conservaba aún Figueras, é intactas las plazas de Berga, Cardona y Seu de Urgel.

Con ella se aumentó la desercion, insistiendo ahincadamente el general Miranda en su embarco y vuelta á Valencia, temeroso de que se alejase el ejército de los confines de este reino al retirarse de Cataluña. No se oponian Campoverde ni los otros jefes á tan justo deseo, en todo conforme á lo que se había ofrecido al capitan general de Valencia; pero dificultades casi insuperables estorbaron en un principio darle cumplimiento, habiendo Suchet extendido sus tropas á lo largo de la costa hasta Barcelona.

En efecto, el general frances, con el propósito de impedir el embarco de los valencianos, y aún con el de disipar, si podia, el ejército de Campoverde, despues de haber ordenado en Tarragona lo más urgente, destacó en la noche del 20 al 30 dos divisiones camino de la capital del principado, y marchó tambien él en la misma direccion con una brigada y la caballería. Cañoneóle la escuadra inglesa en la ruta, mas no evitó que en Villanova de Sitges cogiese el frances algunos barcos, bastantes heridos y partidas sueltas. Señaló el general Suchet su viaje con reprehensibles actos. Cogió en Molins de Rey algunos prisioneros, soldados todos, y entre ellos á uno de venticinco años de servicio, y mandólos ahorcar. Hincados de rodillas pidiéronle aquellos desgraciados que tuviese consideracion al uniforme que vestían; mas Suchet, implacable, mandó ejecutar su fallo, y la misma suerte cupo á varios paisanos y mujeres. En vano creia abatir con el rigor al indómito catalan. Don José Manso, á cuyo cuerpo pertenecian aquellos soldados, hizo en consecuencia una enérgica declaracion, y ahorcó á seis de los enemigos que habia cogido prisioneros. Embaza tanta sangre.

Noticioso Suchet de que Campoverde se internaba, no dando ya indicio de querer embarcar á los valencianos, limitóse á visitar la ciudad de Barcelona y á tomar ciertas medidas para la prosecucion de la campaña, de acuerdo con el gobernador Maurice Mathieu, y tornó en seguida á Tarragona. Aquí puso la plaza y su campo bajo las órdenes del general Musnier, y aseguró aún más las riberas del Ebro y la ciudad de Tortosa con la division del general Habert, en tanto que él se preparaba á nuevas empresas.

Por su lado Campoverde, adelante en el propósito de evacuar la Cataluña, encaminábase á Agramunt para salvarse por las raíces del Pirineo. La desercion de su gente y los clamores del principado le detuvieron. A dicha ocurrió en el intermedio que Suchet se replegase sobre Tarragona, y dejase libre y despejada la costa. Campoverde, aprovechándose de tan oportuna clara, se dirigió á la marina, y sin tropiezo consiguió embarcar el 8 de Julio en Arenys de Mar la division valenciana. Púsose á bordo toda ella, excepto unos 500 hombres, que, disgustados de no tornar á su país nativo, se habian derramado por Aragon y juntádose á Mina y otras partidas. Advertido Suchet del movimiento de Campoverde, revolvió apriesa sobre Barcelona, en donde entró el 9, partiendo inmediatamente Maurice Mathieu para oponerse á los intentos que mostraba el general español. Llegó tarde el frances, pues los valencianos habian ya dado la vela.

Habíase al propio tiempo alejado Campoverde, tomando el camino de Vich; en esta ciudad se encontró con un sucesor que lo enviaba de Cádiz la Regencia: con D. Luis Lacy, á quien entregó el mando en 9 de Julio. Perdido ya aquel general en la opinion y desestimado, menester le era ceder el puesto á un nuevo jefe. En tiempos ásperos y de revuelta aceleradamente se gasta el crédito, que á duras penas mantiene propicia y constante fortuna.

Viendo Lacy que el general Suchet daba traza de perseguirle, salió de Vich y pasó á Solsona, adonde le siguió la Junta del principado, la cual, despues de la pérdida de Tarragona, había desamparado á Montserrat. En los nuevos cuarteles, y favorecido de las plazas de Cardona y Seu de Urgel (destruyó la de Berga), no ménos que de lo ágrío de la tierra, empezó Lacy á rehacer su ejército y á reunir gente; fomentó tambien las guerrillas y encomendó al Baron de Eroles la guarda de Montserrat, punto importante que amagaba el enemigo.

Igualmente, no sirviéndole sino de inútil y pesada carga un gran número de oficiales y caballos, despidió á muchos de aquéllos y á 500 de

éstos, con otros soldados desmontados, permitiéndoles ir á plantar bandera de ventura, ó á unirse á otros ejércitos, en que pudieran ser empleados con utilidad y mantenerse más fácilmente. De contar es, por cierto, el rumbo que tomaron. Partieron todos el 25 de Julio, á las órdenes del brigadier D. Gervasio Gasca, faldearon los Pirineos, vadearon ríos, y aunque perseguidos por las guarniciones francesas, llegaron felizmente á Luesia el 5 de Agosto. Allí les causó Klopicki alguna dispersion; pero juntándose de nuevo en Eibar, en Navarra, dióles Mina guías, y cruzaron el Ebro el 12 de Agosto. Gasca, prosiguiendo su marcha, se incorporó al ejército de Valencia, sin que le fuese posible al enemigo el estorbarlo. Los más de los soldados y oficiales acompañaron á aquel jefe hasta su destino, excepto unos cuantos, que perecieron en el viaje y las peleas, y otros que tomaron sabor á la vida de los partidarios; de hambre y fatiga murieron bastantes caballos. Rodeo fué éste y marcha de ciento ochenta y seis leguas; prodigiosa, imposible de realizarse en otra clase de guerra.

Cebado Suchet con los favores que le dispensaba la suerte, quiso proseguir la carrera de sus triunfos. En la distribucion que Napoleon habla hecho de las operaciones de Cataluña, al paso que encargó á dicho Suchet el sitio de Tarragona, dejó á la incumbencia de Macdonald, conforme en su lugar apuntamos, la reconquista de Figueras y la toma de Montserrat y plazas al Norte. Pero absorbida la atencion de este mariscal en recuperar aquella primera é importante fortaleza, circunvalábase, asistido de la flor de sus tropas, y no le quedaba fuerza suficiente con que atender á otros objetos. Suchet, ahora más libre, se encargó de la toma de Montserrat. Para ello, despues de perseguir á Campoverde hasta Vich, no habiendo podido impedir el embarco de los valencianos, dejó allí en observacion de las reliquias del ejército español bastantes fuerzas, y regresó á Reus el 20 de Julio, decidido á verificar su intento. En este pueblo se halló con pliegos, en que se le noticiaba haberle elevado el Emperador á la dignidad de mariscal de Francia, y en que tambien se le daba la órden de demoler las fortificaciones de Tarragona, excepto un reducto, y la de tomar á Montserrat, debiendo en seguida marchar sobre Valencia. Cumplíanse así con sobras los deseos de Suchet: se veia altamente honrado, y encargábasele concluir la empresa que él mismo meditaba.

Mercedes tales servian de espuela al celo fervoroso del nuevo mariscal. Derribó en breve, segun se le prevenia, las obras exteriores de Tarragona, mas no el recinto de la ciudad ni el fuerte Real; disposicion que

aprobaron en París. Dejó dentro al general Bertoletti, con 2.000 hombres, y tuvo el 24 de Julio reunidas ya en las cercanías de Montserrat sus principales fuerzas, así como una columna procedente de Barcelona. Eroles mandaba allí y tenía á sus órdenes 2.500 á 3.000 hombres, los más de ellos somatenes.

Es Montserrat encumbrada montaña, que, por su naturaleza singular y religiosas fundaciones, se presenta como una de las curiosidades más notables de España. A siete leguas de Barcelona domina los caminos y principales eminencias del riñon de Cataluña. Tiene ocho leguas de circunferencia por la base, compuesta de rocas altísimas y escarpadas, de ramblas y torrenteras, que no dejan sino pocas y angostas entradas. A la mitad de la subida y algo más arriba está asentado en un plano estrecho un monasterio de benedictinos, vasto y sólido, bajo la advocacion de la Virgen. A partir de allí, pelada del todo la montaña, forma en varios parajes hasta la cima picachos y peñoles, á manera de las torrecillas de un edificio gótico, que algunos han comparado á un juego de bolos. Para llegar desde el monasterio á lo alto se camina obra de dos horas, y en aquel trecho se hallan trece ermitas con sus oratorios, pegadas unas contra los lados de la peña viva, puestas otras en las mismas puntas. Llegando á la última, que nombran de San Jerónimo, se descubren las campiñas, los pueblos y los ríos, las islas y la mar; vista que se espacia deleitosamente por el claro y azulado cielo del Mediterráneo. En moradas tan nuevas, en otro tiempo tranquilas, residian de ordinario solitarios, desengañados del mundo, y únicamente entregados á la oracion y vida contemplativa. De muy antiguo siendo éste uno de los lugares más afamados por la devocion de los fieles, constantemente ardían en la iglesia del monasterio ochenta lámparas, de muchos mecheros cada una, y en lo que llamaban tesoro de la Virgen veíanse acumuladas ofrendas de siglos, á punto de ser innumerables las alhajas de oro y plata y los piedras preciosas. Un solo vestido de la imágen, dádiva de una duquesa de Cardona, tenía, sobre exquisito recamado, más de 1.200 diamantes, montados en forma de doce estrellas. Bien vino, para que no fuesen presa del invasor, que los prevenidos monjes hubiesen transferido con oportunidad á Mallorca lo más escogido de aquellas joyas.

Tan venerable albergue habíanle convertido los españoles en militar estancia durante la actual guerra, fortificando las avenidas. Está al cierzo la más importante de ellas, que descende culebreando por medio de tajos y precipicios, y va á dar á Casamasana. Dos baterías con cortaduras en la roca cubrian este lado, habiéndose ademas establecido un

atrincheramiento á la entrada del monasterio, cuyas paredes se hallaban igualmente preparadas para la defensa. Por el Mediodía corre un sendero, que lleva á Collbató, y en él se habla plantado otra hatería.

Cuidóse no ménos de los otros puntos, si bien los amparaba lo fragoso del terreno, en especial á Levante, de caídas muy empinadas.

Preparóse el Baron de Eroles á sostener la estancia, y con tanta confianza, que proveyó de mantenimientos para ocho dias las baterías avanzadas. Al alborear del 25 de Julio comenzaron los enemigos la embestida, mandándolos Suchet en persona. Dirigióse el general Abbé hácia la subida principal, apoyado por Maurice Mathieu. Los otros caminos fueron igualmente amagados, soltando ademas tiradores, que procurasen trepar por las quebras y vericuetos de la montaña, con el objeto de flanquear nuestros fuegos.

Empeñóse el ataque por el frente, y los contrarios no adelantaban ni un paso, firmes los españoles y acompañando sus fuegos de todo género de instrumentos mortíferos, y de piedras y galgas. Mas á cabo de largo rato, encaramándose por la montaña arriba las ya mencionadas tropas ligeras, lograron dominar á nuestros artilleros y acribillarlos por la espalda. Ni áun así cedieron los atacados, pereciendo casi todos sobre las piezas ántes que Abbé se posesionase de ellas.

Vencida por este término la mayor de las dificultades, prosiguió aquel general via del monasterio. Le habian precedido, como para el ataque anterior, muchos tiradores, que hicieron esfuerzos por adelantarse y molestar desde los picachos y ermitas á los que defendían el edificio. Consiguieron los enemigos su objeto, y áun se metieron dentro por una puerta trasera. Mas aquí, como el combate era singular, ó sea de hombre á hombre escarmentáronlos los somatenes, y cierta era la derrota de los contrarios, si Abbé no hubiese llegado al mismo tiempo y terminado en favor suyo la pelea. Evacuaron los españoles el convento, y los más, junto con su jefe Eroles, pudieron salvarse, concedores y prácticos de la tierra. Tres monjes ancianos y alguno que otro ermitaño fueron víctimas de la braveza del soldado frances. A dicha llegó á tiempo Suchet para poder salvar á dos de ellos, que todavía quedaban vivos. Colígese de lo sucedido cuán dificultoso sea sostener tales puestos, por inexpugnables que parezcan, pues ó menester es emplear fuerzas considerables que los defiendan, y entónces desaparece la utilidad de su conservacion, ó no es posible tapar las avenidas de modo que no columbre el acometedor resquicio por donde introducirse é inutilizar las precauciones más bien concertadas.

A pocos días de haber tomado á Montserrat, dejó allí de guarnicion el mariscal Suchet al general Palombini, asistido de su brigada y alguna artillería, poniendo en Igualada al general Frere, cuyas comunicaciones con Lérida, por Cervera, estaban asimismo aseguradas. Palombini no gozó de gran sosiego, molestado siempre, y el 5 y 9 de Agosto don Ramon Mas, al frente de los somatenes, atacóle y le causó una pérdida de más de 200 hombres.

En el perseverar de los catalanes, conoció Suchet no podía desamparar aquel principado hasta que los suyos recobrasen á Figueras, y pudieran las tropas que bloqueaban esta fortaleza, enfrenar los desmanes del somaten y las empresas de D. Luis Lacy. Aproximábase, por desgracia, tan fatal momento.

Tenía el enemigo estrechamente cercado aquel castillo con línea doble de circunvalacion. El mariscal Macdonald habia en vano intimado várias veces la rendicion al gobernador D. Juan Antonio Martinez, á quien no abatian los infortunios. Púsose el soldado á media racion, mermada ésta aún más, y consumidos sucesivamente los víveres, losaballos, los animales inmundos: en fin, hambreada del todo la gente, y sin esperanza de socorro, trató Martinez, el 10 de Agosto, de salvarla arrojando peligros, y abriéndose paso con la espada. Mas muy en vela el enemigo, y casi exánimes los nuestros, frustróse la tentativa, teniendo Martinez que rendirse el 19 del mismo Agosto. Cayeron con él prisioneros 2.000 hombres, sin que entren en cuenta los heridos y enfermos: entre los primeros hallaron á Floreta, Marqués y otros confidentes en la sorpresa, que fueron ahorcados en un patíbulo que el frances colocó en un rebellin del castillo. Los Pous, con mejor estrella, se salvaron, habiendo salido cuando Eroles, y en premio de su servicio, se les nombró capitanes de caballería, rehusando hidalgamente tomar una remuneracion pecuniaria que se les había ofrecido.

Ni por eso cesó la guerra en Cataluña, ántes bien renacia como de sus propias cenizas. Lacy activo y bravo formaba batallones, sostenía á los débiles, enardecia á los más valerosos, y metiéndose por aquellos dias en la Cerdaña francesa, repelió á 1.200 hombres, exigió contribuciones y sembró el espanto en el territorio enemigo. Por todas partes rebullian los somatenes: Clarós apareció cerca de Gerona, en Besós Milans, otros en diversos lugares, y no les era lícito á los invasores caminar sino como primero con fuertes escoltas. La Junta del principado y Lacy decían en sus proclamas: «¿No hemos jurado ser libres, ó envolvernos en las ruinas de nuestra patria? Pues á cumplirlo.» Podíase exterminar tal gente, no conquistarla.

Sin embargo, el mariscal Suchet, codicioso de tomar á Valencia, dejando por algun tiempo parte de su ejército en Cataluña, pasó á Zaragoza para hacer los preparativos convenientes á la empresa que meditaba, y se le había ya encomendado en Francia. Tambien urgía diese órden en las cosas de Aragon, en donde con su ausencia comenzaba la tierra á andar revuelta. En la ribera izquierda del Ebro los valencianos y el general Gasca, de que hemos hecho mencion, con otros varios, habian meneado aquellas comarcas y metido gran bulla. En la derecha los generales Villacampa, Obispo, enviado de Valencia, y Durán, acudiendo de Soria, incomodaban á los destacamentos y guarniciones enemigas, de las que la de Teruel se vió muy apurada. Suchet procuró despejar el país y tranquilizarle algun tanto, estorbándole con todo para conseguirlo los partidarios de las otras provincias, y en especial los temores que le inspiraba la vecindad de Valencia.

En este reino había continuado mandando algun tiempo D. Luis Alejandro de Bassecourt, no muy atinado ni en lo político, ni en lo militar, y que con deseo de granjearse el aura popular, y de imitar á Cataluña, había convocado para 1.º de Enero de 1811 un congreso, compuesto de la Junta y de diputados de la ciudad y la provincia. Las discusiones de esta corporacion extemporánea fueron públicas, y en un principio se limitaron á proporcionar auxilios, y á las cuestiones puramente económicas; mas tomando los nuevos diputados gusto á su magistratura, quisieronle dar ensanches, y empezaron á examinar la conducta del General. Escocióle á éste la idea, llevando muy á mal que hechuras que consideraba como suyas se tomasen tal licencia, por lo que el 27 de Febrero puso término á los debates, y prendió á D. Nicolas Gareli y á otros de los más fogosos. Las Córtes, á cuyo superior conocimiento subió la decision de todo el negocio, mandaron soltar á los presos, cerrando al propio tiempo la puerta á los ambiciosos é inquietos de las provincias con el reglamento que por entónces dieron á las juntas, del que luégo harémos mencion, y al cual se sometieron todas. La Regencia nombró interinamente á D. Cárlos O'Donnell por sucesor de Bassecourt, cuyos procedimientos se miraron como nada cuerdos.

Tampoco en lo militar se habia el D. Luis mostrado muy atentado. Vimos en el año último sus desaciertos en esta parte. Ahora había sí fortificado á Murviedro, pero no coadyuvado cual pudiera al alivio de Cataluña. Hasta el 22 de Abril que entregó el mando á O'Donnell, tornando á Cuenca, apénas hizo en estos meses movimiento alguno de importancia, no siéndolo uno que intentó sobre Ulldecona el 12 del mismo Abril.

O'Donnell, ayudado de la marina inglesa, ordenó al principiar Mayo una maniobra hácia el embocadero del Ebro. El comodoro Adams, á bordo del Invencible, con dos fragatas y dos jabeques españoles, cañoneó la torre de Codoñol, á 800 toesas de la Rápita, y el 9 obligó al enemigo á que la evacuase. Al mismo tiempo el Conde de Romré con unos 2.000 españoles avanzó por tierra, y Pinot, comandante frances de la Rápita, acometido de ingleses y amenazado por españoles, se replegó sobre Amposta, punto que inmediatamente rodearon los nuestros. Mas acudiendo sin tardanza los franceses de Tortosa y de los alrededores con fuerza superior, libraron á los suyos, no ocupando, sin embargo, la Rápita hasta despues de la toma de Tarragona, y limitándose por esta vez á recobrar la torre de Codoñol.

En lo demas no tentó O'Donnell operacion alguna notable sino la de enviar á Cataluña la division de Miranda de que ya se habló, y hacer amagos via de Aragon, los cuales no dieron motivo á empresa alguna señalada. El mando interino de D. Cárlos O'Donnell cesó al fenecer Junio, empuñando el baston en su lugar el Marqués del Palacio. Fueron de allí en adelante preparándose en Valencia acontecimientos de funesto remate, que reservamos para otro libro.

Réstanos en éste contar lo que pasó en Castilla la Nueva, en la mitad del año de 1811, tiempo que ahora nos ocupa: serémos breves. Tenían los franceses encomendada la defensa de aquel territorio al ejército que llamaban del centro, puesto á las inmediatas órdenes de José, y casi el único de que podia disponer el intruso con libertad bastante ámplia. En ayuda de este ejército acudian á veces tropas de otras partes. Y como no fuesen de ordinario suficientes las suyas propias para cubrir los distritos de su incumbencia, que eran Ávila, Segovia, Madrid, Toledo, Guadalajara, Cuenca y Mancha, apostábase en el último una division del cuarto cuerpo, ó sea de Sebastiani, bajo el mando del general Lorge, con especial encargo de conservar libre el tránsito entre las Andalucías y la capital del reino. Cada distrito tenía un jefe militar, y sumaban las fuerzas de todos ellos de 25 á 30.000 hombres.

Las contrarestaban los guerrilleros, rara vez tropas regladas, manteniéndose siempre en pié las juntas de Guadalajara y Cuenca; inducida algun tanto la primera de desavenencias y discordias. Otra se formó en la Mancha, tampoco muy pacífica, la cual se albergaba en los montes de Alcaraz, y por lo comun en Elche de la Sierra, conservando como abrigo y apoyo de operaciones el castillo de las Peñas de San Pedro, fábrica de romanos, sito en un peñol empinado. Mandaba el canton D. Luis de

Ulloa. Imprimia esta junta una gaceta de composicion no muy culta, pero en idioma propio á divertir y embelesar á la muchedumbre.

Pocos partidarios de los del año anterior habían desaparecido ó sido aquí presa de los franceses. Cupo tal desdicha á algunos no muy conocidos, y entre ellos á uno de nombre Fernandez Garrido, cogido en Abril, en Chapinería, partido de Madrid, por el Marqués de Bermuy, al servicio de José, encargado de perseguir las guerrillas hácia las riberas del Alberche. Los más nombrados permanecían casi ilesos. Hubo unos cuantos que salieron por primera vez á plaza, ó adquirieron mayor fama. De este número fueron D. Eugenio Velasco y D. Manuel Hernandez, dicho el Abuelo. En ocasiones los animaban tropas del tercer ejército, y sobre todo la caballería al mando de Osorio, que, como ya so apuntó, acudia al granero de la Mancha en busca de bastimentos.

Quien no cesó ni un punto de sobresalir entre los partidarios de Castilla la Nueva, fué D. Juan Martin el Empecinado. Despues de su vuelta de Aragon, lidió en el mes de Febrero várias veces contra fuerzas superiores, ya en Sacedon, ya en Priego. Pasó en Marzo á Molina, y en los dias 8 y 9 encerró en el castillo, mal parada, á la guarnicion francesa. De allí se encaminó á Sigüenza, y mancomunándose con D. Pedro Villacampa, que andaba rodando por la tierra, decidieron ambos embestir la villa y puente de Auñon, provincia de Guadalajara. Era este puente el solo que permanecia intacto, habiendo roto el frances los de Pareja y Trillo, y quemado el de Valtablado; todos sobre el Tajo. Partía dicho puente término entre la villa de su nombre y la de Sacedon, y por su importancia fortificábanle los enemigos, habiendo hecho otro tanto con las calles y casas de ambos pueblos: tenía de guarnicion 600 hombres, y mandaba allí el coronel Luis Hugo, hermano del general que estaba á la cabeza del distrito de Guadalajara.

Franqueando aquel punto ambas orillas del Tajo, interesaba su ocupacion á los nuestros y á los contrarios. Llegó á las cercanías en la mañana del 23 de Mazo D. Pedro Villacampa, y por medio de una atinada maniobra acometió á los franceses por el frente y espalda. Los desalojó del puente, apoderándose de las obras que habian construido para su defensa. Se refugiaron en seguida aquéllos en la iglesia de Auñon, muy fortificada, y dudaba Villacampa atacarlos, cuando acudiendo D. Juan Martin empezaron ambos á verificarlo. Una tronada y copiosísima lluvia retardó los ataques y favoreció á los enemigos, dando lugar á que viniese de Brihuega, Hugo, el comandante de Guadalajara, y de Tarancon el jefe Blondeau á la cabeza de otra columna. Con este motivo destruidas las obras,

se retiraron los españoles, llevando más de 100 prisioneros y habiendo muerto y herido á otros tantos hombres; entre los postreros se contó al comandante del puesto, Hugo. Evacuó de resultas el enemigo á Auñón, y Villacampa y el Empecinado tiraron cada uno por diverso lado.

Tan continuos choques determinaron al gobierno intruso á hacer un esfuerzo para destruir todas estas partidas, especialmente la del Empecinado, reuniendo al efecto á las fuerzas de Hugo las del general Lahoussaie, que mandaba en Toledo, y algunas otras. ¡Vana diligencia! D. Juan Martin traspuso entónces los montes, acometió á los franceses en la provincia de Segovia, los escarmentó en Somosierra, en el real sitio de San Ildefonso, y hasta envió destacamentos camino de Madrid, cuando le buscaban al Este, á doce leguas de distancia. Tuvo por tanto Hugo que volver atras, costándole gente las marchas y contramarchas. Lahoussaie pasó en 22 de Abril á Cuenca, de donde se retiró D. José Martinez de San Martin, y aquella ciudad, tan desventurada en las anteriores entradas del enemigo, de que hemos referido las más principales, no fué mas dichosa en ésta, por no desviarse nunca de la senda del patriotismo, honrosa, pero llena de abrojos. Huete, Huertahernando, Alcázar de San Juan, Herencia y otros pueblos, entónces, despues y antes, padecieron no ménos desgracias. Volúmenes serian necesarios para contarlas todas, junto con los rasgos de heroicidad de muchos habitantes.

No siendo, pues, dado á los enemigos acabar con D. Juan Martin, pusieron en práctica secretos manejo. Causaron con ellos altercados, una notable dispersion en Alcocer de la Alcarria, y lo que fué peor, el paso á su bando de algunos oficiales, si bien contados. Tambien la Junta con su ambicioso desasosiego é imprudentes medidas, desavino los ánimos, no ménos que la inoportuna eleccion del Marqués de Zayas (que no debe confundirse con D. José de Zayas) como comandante de la provincia, poniendo bajo sus órdenes al Empecinado. De poco nombre dicho Marqués entre los generales del ejército, era pernicioso para gobernar partidas, á cuya cabeza podian sólo mantenerse los que las habian formado, hombres activos, prácticos de la tierra, avezados á todo linaje de escaseces, á los peligros de una vida arriesgada y aventurera, manos encallecidas con la esteva y la azada, ablandadas sólo en sangre enemiga. Separarse de camino tan derecho motivó considerables daños. Al principiar Julio estaba como dispersa la fuerza que antes mandaba D. Juan Martin, y que ascendia á más de tres mil hombres. Por fortuna pusieron las Córtes término al mal, ordenando que se disolviese la Junta, y se nombrase otra conforme al nuevo reglamento, del que hablaremos despues, y

previniendo al Marqués de Zayas que dejase el mando, segun lo realizó, tornando á Valencia, embolsados sueldos y atrasos, ya que no con acrecentamiento de fama. Recobró D. Juan Martin la comandancia de su division, y á pocos dias revivió ésta con no menor brillo que antes.

Entre los demas partidarios de menor nombre incomodaba D. Juan Abril á los franceses desde las sierras de Guadarrama y Somosierra hasta Madrid, atravesando con frecuencia los puertos, y habiendo tenido la dicha esta primavera de rescatar catorce mil cabezas de ganado merino que llevaban fuera del reino. Saornil había ahora tomado á su cargo principalmente la provincia de Avila y las confinantes; pero en 1.º de Julio, sorprendido de noche por el comandante Montigny junto á Peñaranda de Bracamonte, en donde, descuidado, dormia al raso con los suyos, perdió alguna gente, si bien no se retiró hasta despues de un combate muy encarnizado. Recorria sólo ó uniéndose con otros el término de Toledo D. Juan Palarea, el Médico, y en Cebolla y sus contornos, como en otros parajes, sorprendió diversas partidas enemigas, cogiendo en Junio en Santa Cruz del Retamar á M. Lejeune, ayudante de campo del príncipe Neufchatel, quien ha representado el lance con presumido pincel, y valiéndose de la licencia que se concede á los pintores y á los poetas.

Casi siempre respetaron nuestros partidarios á sus enemigos; lo cual no impedia que so pretexto de ser foragidos, ó soldados juramentados de José, los ahorcasen aquéllos ó arcabuceasen á menudo sin conmiseracion alguna. La venganza entónces era pronta y con usura. A veces lo largo del camino del Pardo, en las otras avenidas de Madrid, y junto á sus tapias mismas amanecian colgados tres y más franceses por cada español muerto en quebrantamiento de las leyes de la guerra. Forzosa represalia, pero cruda y lamentable.

Al lado opuesto de Toledo y del campo de las lides de Palarea, el otro médico, D. José Martinez de San Martin, que mandó en Cuenca hasta que volvió de Valencia Bassecourt, tampoco desperdió el tiempo. Combinaba á veces acertadamente sus operaciones entendiéndose con otros partidarios, y el 7 de Agosto, unido á D. Francisco Abad (Chaleco), escarmentó reciamente á los franceses en la Osa de Montiel, y les cogió bastantes prisioneros y efectos. No ménos bulla y estruendo de guerrillas y franceses andaba en Ciudad-Real, Almagro, Infantes, por todas las comarcas y villas de la Mancha como en las demas provincias de Castilla la Nueva. Los enemigos en todas ellas continuaban teniendo puntos fortalecidos en que se veían frecuentemente obligados á encerrarse, y á veces áun á rendirse.

De poco valer y harto cansados parecerán á algunos tales acontecimientos, si bien nos limitamos á dar de ellos una sucinta y compendiosa idea. A la verdad minuciosos se muestran á primera vista y tomados separadamente; pero mejor pesados, nótase que de su conjunto resultó en gran parte la maravillosa y porfiada defensa de la independencia de España, que servirá de norma á todos los pueblos que quieran en lo venidero conservar intacta la suya propia. Más de tres años iban corridos de incesante pelea; 300.000 enemigos pisaban todavía el suelo peninsular, y fuera de unos 60.000 que llamaba á sí el ejército anglo-portugues, ocupaban á los otros casi exclusivamente nuestros guerreros, lidiando á las puertas de Madrid, en los límites y á veces dentro de la misma Francia, en los puntos más extremos, cuan anchamente se dilata la España.

En medio de tan marcial estrépito apenas reparaba nadie, y ménos los generales franceses, en la persona de José, á quien podríamos llamar la sombra de Napoleon, con más fundamento del que tuvieron los partidarios de la casa de Austria para apellidar á Felipe V en su tiempo (3) la sombra de Luis XIV; pues á éste permitíanle por lo ménos dirigir sus reinos, si bien en un principio sujetándose á reglas que le dieron en Francia, cuando al primero ni sus propios amigos le dejaban, por decirlo así, suelo en que mandar; habiéndole arrebatado de hecho su hermano muchas provincias con el decreto de los gobiernos militares, y escatimándole más y más el manejo de otras: de suerte que en realidad el imperio de la córte de Madrid se encerraba en círculo muy estrecho.

De ello quejábase sin cesar José, que era gran desautoridad de su corona, ya harto caediza, tratarle tan livianamente. Mas no por eso dejaba de obrar cual si fuese árbitro y tranquilo poseedor de España. Daba empleos en los diversos ramos. promulgaba leyes, expedía decretos, y hasta trataba de administrar las Indias. Y ¡cosa maravillosa, si no fuese una de tantas flaquezas del corazon humano! motejaba en los periódicos de

(3) «Memorial historial y política cristiana, que descubre las ideas y máximas del cristianísimo Luis XIV, para librar á la España de los infortunios que experimenta, por medio de su legitimo rey don Carlos III, asistido del Sr. Emperador para la paz de Europa, y Útil de la religion; puesto á las plantas de la Sacra y Cesárea Majestad del Sr. Emperador Leopoldo I; por Fr. Benito de la Soledad, predicador apostólico, hijo de nuestro padre San Francisco, reforma de San Pedro de Alcántara.»

Tal es el nombre del autor y el titulo de una obra impresa en Viena en 1703, en favor de la casa de Austria, que pretendia la corona de España.

En dicha obra, mal escrita y peor digerida, se hallan hechos curiosos y noticias importantes; llamándose en ella casi siempre á Felipe V *la sombra de Luis XIV*.

Madrid á las Córtes, y los redactores mostrábanse á veces donairosos por quererlas últimas gobernar la América; siendo así que José intentaba otro tanto, con la diferencia de que nunca le reconocieron allí como á rey de España, al paso que á las Cortes las obedecian entónces, y las obedecieron todavía largo tiempo las más de aquellas provincias.

Todo concurría ademas á probar á José que si recibía desaires de los suyos, tampoco crecía en favor respecto de los que apellidaba súbditos. Léjos, le hacían casi todos éstos cruda guerra; en derredor, mostrábanle su desafecto con el silencio, el cual si se rompía era para patentizar aún más el desvío constante de los pechos españoles por todo lo que fuese usurpacion é invasion extranjeras. Hubo circunstancia en que reveló sentimiento tan general hasta la niñez sencilla. Y cuéntase que llevando á la corte D. Dámaso de la Torre, corregidor de Madrid, á un hijo suyo de cortos años, vestido de cívico y armado de un sablecillo, se acercó José al mozuelo, y acariciándole le preguntó en qué emplearía aquella arma; á lo que el muchacho con viveza y sin detenerse le respondió: «En matar franceses.» Repite por lo comun la infancia los dichos de los que la rodean, y si en la casa de quien por empleo y afición debía ser adicto al gobierno intruso se vertían tales máximas y opiniones, ¿cuáles no serian las que se abrigaban en las de los demas vecinos?

Inútilmente trató José de mejorar los dos importantes ramos de la guerra y hacienda para ponerse en el caso de manifestar que no le era ya necesaria la asistencia de su hermano, quien de nuevo le envió al mariscal Jourdan, como mayor general. Apénas había José adelantado ni un paso desde el año anterior en dichos dos ramos. Sus fuerzas militares no crecían, y cuando en los estados sonaban catorce mil hombres, escasamente llegaba su número á la mitad; y aún de éstos á la primera salida íbanse los más á engrosar, como ántes, las filas del Empecinado y de otros partidarios.

Con respecto á las contribuciones, ahora como en los primeros tiempos, no podía disponer José de otros productos que de los de Madrid. Habia ofrecido variar aquéllas y mejorar su cobranza; pero nada habia hecho ó muy poco. Introdujo y empezó á plantear la de patentes, segun la cual cada profesion y oficio, á la manera de Francia, pagaba un tanto por ejercerlo. Conservó los antiguos impuestos, incluso los diezmos y la bula de la Cruzada, respetando la opinion y aún las preocupaciones del pueblo, en tanto que servian á llenar las arcas del erario: dolencia de casi todos los gobiernos.

En Madrid se aumentaron á lo sumo las contribuciones. Recargá-

ronse los derechos de puertas; á los propietarios de casas se les gravó al principio con un 10 por 100, á los inquilinos con un 15, y en seguida con otro tanto á los mismos dueños: por manera que entre unos y otros vinieron á pagar un cuarenta por ciento, de cuya exorbitancia, junto con otros males, nació en parte la horrorosa miseria que se manifestó poco despues en aquella capital.

Para distraer los ánimos promovió José banquetes y saraos, y mandó que se restableciesen los bailes de máscaras, vedados muchos años hacia por el sombrío y espantadizo recelo del gobierno antiguo. Tambien resucitó las fiestas de toros, de las que Cárlos IV había por algun tiempo gustado con sobrado ardor, prohibiéndolas despues el último, llevado de despecho por un desacato cometido en cierta ocasion contra su persona, mas no impelido de sentimientos humanos. De notar es que semejante espectáculo, tan reprendido fuera de España y tachado de feroz y bárbaro, se renovase en Madrid bajo la proteccion y amparo de un monarca y de un ejército ambos á dos extranjeros. Pero ni aún así se granjeaba José el afecto público: habia lлага muy encancerada para que la aliviasen tales pasatiempos.

Verdad sea que la conducta y desmanes de los generales y tropas francesas contribuian grandemente á enajenar las voluntades. A ello achacaba José casi exclusivamente el descontento de los pueblos, figurándose que de lo contrario disfrutarla en paz de sόlio tan disputado. Enfermedad apegada á los monarcas, aún á los de fortuna, esta del alucinamiento. Así lo expresaba José, á punto de mostrar deseo de verse libre de tropas extrañas. Disgustaba tal lenguaje á Napoleon, informado de todo, quien con razon decía (4): «Si mi hermano no puede apaciguar la España con 400.000 franceses, ¿cómo presume conseguirlo por otra vía?»; añadiendo: «No hay ya que hablar del tratado de Bayona; desde entónces todo ha variado; los acontecimientos me autorizan á tomar todas las medidas que convengan al interes de Francia.» Cada vez arrebozaba ménos Napoleon su modo de pensar. La mujer de José escribia á su esposo desde París: «¿Sabes que hace mucho tiempo intenta el Emperador tomar para sí las provincias del Ebro acá? En la última conversacion que tuvo conmigo djome que para ello no necesitaba de tu permiso, y que lo ejecutaria luégo que se conquistasen las principales plazas.»

(4) Se toman estas citas, y la de las cartas siguientes, de una correspondencia cogida, con otros papeles, en el coche de José Bonaparte, despues de la batalla de Vitoria, en 1813.

Affligido é incomodado José, codiciaba unas veces entrar en tratos con las mismas Córtes, y otras retirarse á vida particular. «Más quiero, decia, ser súbdito del Emperador en Francia, que continuar en España rey en el nombre: allí seré buen súbdito, aquí mal rey.» Sentimientos que le honraban; pero siendo su suerte condicion precisa de todo monarca que recibe un cetro, y no le hereda ó por sí le gana, pudiera José haber de antemano previsto lo que ahora le sucedía.

Sin embargo, primero que tomar una de las dos resoluciones extremas de que acabamos de hablar, y para las que tal vez no le asistian ni el desprendimiento ni el valor necesarios, trató José de pasar á París á avistarse con su hermano; aprovechando la ocasion de haber dado á luz la Emperatriz, su cuñada, el 20 de Marzo, un príncipe que tomó el título de rey de Roma. Creía José que era aquélla favorable coyuntura al logro de sus pretensiones, y que no se negaria su hermano á acceder á ellas en medio de tan fausto acontecimiento; pero no era Napoleon hombre que cejase en la carrera de la ambicion. Y al contrario, nunca como entonces tenía motivo para proseguir en ella. Tocaba su poder al ápice de la grandeza, y con el recién nacido ahondábanse y se afirmaban las raíces ántes someras y débiles de su estirpe.

El efecto que tan acumulada dicha producía en el ánimo del Emperador frances, vese en una carta que pocos meses adelante escribia á José su hermana Elisa: «Las cosas han variado mucho, decía; no es como ántes. El Emperador sólo quiere sumision, y no que sus hermanos se tengan respecto de él por reyes independientes. Quiere que sean sus primeros súbditos.»

Salió de Madrid José camino de París el 23 de Abril, acompañado del ministro de la Guerra don Gonzalo Ofárril, y del de Estado D. Mariano Luis de Urquijo. No atravesó la frontera hasta el 10 de Mayo. Paradas que hizo, y sobre todo 2.000 hombres que lo escoltaban, fueron causa de ir tan despacio. No le sobraba precaucion alguna: acechábanle en la ruta los partidarios. Llegó José á París el 16 del mismo mes, y permaneció allí corto tiempo. Asistió el 9 de Junio al bautizo del Rey de Roma, y el 27, ya de vuelta, cruzó el Bidasoa. Entró en Madrid el 15 de Julio, solo, aunque sus periódicos habian anunciado que traería consigo á su esposa y familia. Reducíase ésta á dos niñas, y ni ellas ni su madre, de nombre Julia, hija de M. Clary, rico comerciante de Marsella, llegaron nunca á poner el pié en España.

Poco satisfecho José del recibimiento que le hizo en París su hermano, convenciósese ademas de cuáles fuesen los intentos de éste por lo res-

pectivo á las provincias del Ebro, cuya agregacion al imperio frances estaba como resuelta. No obtuvo tampoco en otros puntos sino palabras y promesas vagas; limitándose Napoleon á concederle el auxilio de un millon de francos mensuales.

No remediaba subsidio tan corto la escasez de medios, y ménos reparaba la falta de granos, tan notable ya en aquel tiempo, que llegó á valer en Madrid la fanega de trigo á 100 reales, de 30 que era su precio ordinario. Por lo cual, para evitar el hambre que amenazaba, se formó una junta de acopios, yendo en persona á recoger granos el ministro de Policía D. Pablo Arribas, y el de lo Interior Marqués de Almenara: encargo odioso é impropio de la alta dignidad que ambos ejercían. La imposicion que con aquel motivo se cobró de los pueblos en especie recargólos excesivamente. De las solas provincias de Guadalajara, Segovia, Toledo y Madrid se sacaron 950.000 fanegas de trigo y 750.000 de cebada, además de los diezmos y otras derramas. Efectuóse la exaccion con harta dureza, arrancando el grano de las mismas eras para trasladarle á los pósitos ó alhóndigas del Gobierno, sin dejar á veces al labrador con qué mantenerse ni con qué hacer la siembra. Providencias que quizás pudieron creerse necesarias para abastecer de pronto á Madrid; pero inútiles en parte, y á la larga perjudiciales; pues nada suple en tales casos al interes individual, que temiendo hasta el asomo de la violencia, huye con más razon espantado de donde ya se practica aquélla.

Decaido José de espíritu, y sobre todo mal enojado contra su hermano, trató de componerse con los españoles. Anteriormente habia dado indicio de ser éste su deseo: indicio que pasó á realidad con la llegada á Cádiz, algun tiempo despues, de un canónigo de Búrgos llamado D. Tomas La Peña, quien encargado de abrir una negociacion con la Regencia y las Córtes, hizo de parte del intruso todo género de ofertas, hasta la de que se echaria el último sin reserva alguna en los brazos del gobierno nacional, siempre que se le reconociese por rey. Mereció La Peña que se le diese comision tan espinosa por ser eclesiástico, calidad ménos sospechosa á los ojos de la multitud, y hermano del general del mismo nombre, al cual se le juzgaba enemigo de los ingleses de resultas de la jornada de la Barrosa. Extraño era en José paso tan nuevo, y podemos decir desatentado; pero no ménos lo era, y aún quizá más, en sus ministros, que debian mejor que no aquél conocer la índole de la actual lucha, y lo imposible que se hacia entablar ninguna negociacion miéntras no evacuasen los franceses el territorio y no saliese José de España.

La Peña se abocó con la Regencia, y dió cuenta de su comision,

acompañándola de insinuaciones muy seductoras. No necesitaban los individuos del gobierno de Cádiz tener presentes las obligaciones que les imponía su elevada magistratura para responder digna y convenientemente: bastábales tomar consejo de sus propios é hidalgos sentimientos. Y así dijeron que ni en cuerpo ni separadamente faltarían nunca á la confianza que les había dispensado la nación, y que el decreto dado por las Córtes en 1.º de Enero sería la invariable regla de su conducta. Añadieron también con mucha verdad que ni ellos, ni la representación nacional, ni José tenían fuerza ni poderío para llevar á cima, cada uno en su caso, negociación de semejante naturaleza. Porque á las Cortes y á la Regencia se las respetaba y obedecía en tanto que hacían rostro á la usurpación é invasión extranjeras; pero que no sucedería lo mismo si se alejaban de aquel sendero, indicado por la nación. Y en cuanto á José, claro era que faltándole el arrimo de su hermano, único poder que le sostenía, no solamente se hallaría imposibilitado de cumplir cosa alguna, sino que en el mismo hecho vendría abajo su frágil y desautorizado gobierno. Terminóse aquí la negociación (5). Las Córtes nunca tuvieron de oficio conocimiento de ella, ni se traslució en el público, á gran dicha del comisionado. En los meses siguientes despacháronse de Madrid con el mismo objeto nuevos emisarios, de que hablaremos, y cuyas gestiones tuvieron el mismo paradero. Otras eran las obligaciones, otras las miras, otro el rumbo que había tomado y seguido el Gobierno legítimo de la nación.

(5) De aquí sacó, sin duda, M. de Pradt la peregrina historia de que habla en su obra intitulada *Mémoires historiques sur la révolution d'Espagne*, y según la cual, habían enviado las Córtes diputados á Sevilla, ántes de la batalla de la Albuera, para tratar de componerse con José. No es la primera ni sola vez que confunde dicho autor hechos muy esenciales, y que toma por realidad los sueños de su imaginación.

